Fernando Soto-Hay y García

3

Más scouts para un mundo mejor

Antología

100 1926-2026
BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Más scouts para un mundo mejor

Fernando Soto-Hay y García

Más scouts para un mundo mejor

Antología

Selección de
ARTURO REYES FRAGOSO

Semblanza de
MARY LINDA SOTO-HAY Y GARCÍA

Primera edición: 2017
Segunda edición: 2018
Primera edición digital, Biblioteca 95 años de Escultismo en México
Rumbo al Centenario: 2021
Segunda edición digital: 2024

Biblioteca del Centenario
Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna
Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, colonia Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional
Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional
Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional
Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos
Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes
Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial
Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación
Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.
Diseño de portada: Berenice Luna Gómez
Viñeta de portada e interiores: Robert Baden-Powell

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Esta edición fue revisada y autorizada por Mary Linda Soto Hay García, en compañía de Jorge Antonio Cordero Jiménez.

Llamada de reunión

Fernando, resulta complicado escribir estas líneas por el cariño y admiración que te tengo: te extraño mucho. Fuiste un pilar del movimiento scout; alguien que marcó mi vida scout. Te conocí en el año del 92, en una Asamblea Nacional. Yo tendría escasos veintidós años y fue imponente verte imponer orden en aquella reunión, lo que me hizo pensar «debo conocerlo». Me acerqué a decirte: «Don Fernando, me llamo Pedro Díaz Maya, rover scout del grupo 320. Un gusto conocerlo». Tu respuesta fue una sonrisa, seguida de «El gusto es mío».

Más adelante, te dije que te vería pronto, a lo que contestaste: «Te veo en misa». Y te repliqué: «Disculpa, no podré acompañarte: soy judío», a lo que respondiste: «Pero eres scout y hermano mayor».

Así nació una gran amistad.

Aprendí mucho de ti: era sumamente interesante escuchar tus anécdotas, vivencias, consejos y aventuras, algunas aquí reunidas para esta pequeña muestra de tu inmenso cariño al Movimiento, y tu preocupación de plasmarlo por escrito para no olvidarse.

Así es como las leyendas se fijan en el recuerdo.

Quiero decirte que siempre vivirás en nuestros corazones, y tu legado será recordado generación tras generación. Tuve la oportunidad de lograr que en una Asamblea Nacional te dieran voz para presentar uno de tus libros, lo cual después recordabas con cariño. ¿Sabes una cosa? Todos los scouts debemos estar muy agradecidos por tu entrega y pasión a tus investigaciones. Siempre te tendré en altísima estima y agradezco a Arturo Reyes Fragoso la oportunidad de plasmar mi mensaje para alguien tan importante como tú.

Gracias, Fernando, Dios te bendiga por haber sido mi ejemplo, líder y amigo.

PEDRO DÍAZ MAYA,
Jefe scout nacional, prólogo para la segunda edición,
Ciudad de México, abril 2018

Sacerdote, hermano y amigo

La familia Soto Hay éramos papá, Fernando Soto Hay; mamá, Ángela García, y tres hijos: Fernando, Eduardo y yo, Mary Linda, en ese orden. Yo siempre fui muy cercana a mi hermano Fernando, quien nació en la ciudad de México, el 21 de mayo de 1933.

De chicos, mi familia iba con la hermana de mi papá y su familia a la hacienda que teníamos en el estado de Hidalgo, donde Fernando organizaba largas caminatas con todos los primos y amigos que asistían, sobre todo a un cerro no muy alto donde existían dos cuevas, una grande y otra pequeña, donde se quedaba con los primos grandes, mientras que a todos los chicos nos mandaban de regreso a la casa a pedirle a las mamás que hicieran un lunch para llevarlo de regreso. La plana menor hacíamos esto con mucho gusto con tal de que los grandes nos hicieran caso. Mucho tiempo después me confesó que era un plan con maña para quedarse a fumar sin que los acusáramos. Por supuesto los papás nunca supieron esto.

Fernando se ordenó como sacerdote en la Catedral Metropolitana, el 29 de junio de 1967; ese día estaba nerviosísimo y me pidió que después de la ceremonia me parara antes de donde él estaba colocado, para saludar con nombre y apellido a las personas que se acercaban a felicitarlo, y así poder ubicarlas. Los primeros que se acercaron fueron el pintor Chucho Reyes y su hermana Toñita, amigos de la familia; al rato llegó una pareja de personas mayores, y Fernando las saludó pensando que eran tíos suyos, lo que les causó mucha risa a los viejitos y a mí, que llegué en ese momento de estar con nuestros padres en otro lado, saludando a la familia y amigos.

Mi hermano fue quien me casó cuando apenas tenía un año ordenado como sacerdote; regresó a México, procedente de Italia donde vivía dos días antes de mi boda. Nunca había casado a alguien; había bautizado, dado primeras comuniones y hasta extremaunciones, pero nunca un casamiento, así que yo fui la primera. Conociendo lo distraído y nervioso que era, un amigo jesuita lo asistió en la ceremonia: si no hubiera sido por él, no sé qué hubiera pasado porque Fernando se distraía mucho con la música, y su amigo tuvo que guiarlo en el oficio. Por cierto, en Europa modificó nuestros apellidos a Soto-Hay y García, puesto que decía que allá a la gente se le hacía difícil entender que Soto Hay era un solo apellido, por lo que les puso el guion intermedio para hacerlo compuesto.

Por años comimos juntos los sábados, primero en casa de nuestra mamá y, cuando ella murió, en mi casa. Se acordaba de los buenos guisos de mis abuelos y mis papás, y siempre quería que yo los preparara. Lo complacía con gusto al ser una de las maneras como Fernando demostraba la añoranza familiar. Mis hijos me decían que lo consentía mucho; claro, porque él siempre hizo lo mismo conmigo al estar muy pendiente de mí.

Llegaba temprano y nos sentábamos a ver algunos de sus programas de televisión favoritos: con el control en mano no dejaba de cambiar canales, pues era la única vez que podía hacerlo porque en su casa se veían los programas que la mayoría de los padres querían ver. Más tarde, tomaba un whisky solo y alguna buena botana que le tenía preparada. Después de comer, se acostaba en un sillón para tomar la siesta: siempre quería que lo tapara con una mantita que tenía para ello. Pero no se la podía dar para que él mismo se tapara, lo tenía que hacer yo misma; al despertar, pedía un chocolate y después se iba a su casa. En la semana hablábamos y, como dos alegres comadres, platicábamos de las últimas novedades de la ciudad, la familia y los amigos.

Mis padres tuvieron cuatro nietos: dos hombres de mi hermano Eduardo, y dos míos, Eduardo y Mary. Mi hermano siempre quiso mucho a sus cuatro sobrinos, aunque su predilecta fue mi hija; cuando era chiquita, se sentaba con ella para contarle los cuentos de la Cenicienta y Blanca Nieves, entre otros, pero revolviendo los personajes para distorsionar las historias, lo que enojaba mucho a mi hija, quien regañaba a su tío diciéndole que no sabía de cuentos, y él se moría de la risa. Era una discusión eterna: mi hija enojándose mucho, y mi hermano muriéndose de la risa.

Según contaban mis papás, mis hermanos empezaron a ir a los scouts cuando eran muy chicos, pero a mi hermano Eduardo no le gustó dormir en el suelo dentro de un *sleeping bag*, ni lavarse con agua fría en un arroyo, por lo que después de su primer campamento nunca más volvió, mientras que a Fernando le encantó aquella experiencia y fue scout hasta el último día de su vida.

Lo acompañé a Oslo cuando, en 1995, le entregaron el Lobo de Bronce, la máxima condecoración mundial scout. Por supuesto quise estar con él durante aquel momento tan importante, la culminación de toda una vida dedicada al escultismo. Fue algo muy emotivo verlo en el estrado muerto de los nervios y la emoción. No me lo hubiera perdido por nada. Los dos salimos de México, él en silla de ruedas porque estaba convaleciente de una operación; en una escala en Londres seguía en la silla de ruedas, pero, al llegar a Oslo y ver a unos amigos scouts mexicanos esperándolo en el aeropuerto, se le olvidaron sus males y dolencias; aquel grupo había ido a un evento a otra parte de Europa, y se trasladó a Noruega para estar presentes en la ceremonia donde Fernando recibió su condecoración.

Todos los días en Oslo, y otros posteriores en Londres, Fernando caminó sin quejarse de molestia alguna; en Londres, por supuesto lo primero que hicimos fue ir a visitar la lápida funeraria colocada en honor de Baden-Powell en la

abadía de Westminster, y los siguientes días recorrimos la ciudad a pie y en metro, pues la conocía como la palma de su mano. Se deleitaba en llevarme a lugares que él creía que yo no conocía, contándome infinidad de historias de todos ellos. Fue un viaje inolvidable. Años antes, él fue con mis padres y, años después, yo fui con mi mamá, dos tías y el propio Fernando, quien en aquella ocasión se alojó en una casa de jesuitas, mientras que nosotras lo hicimos en un hotel. El día que llegamos fue al hotel, y desde la recepción nos habló por teléfono al cuarto, para avisarnos que ya había llegado. Bajé a encontrarlo con mucha emoción, porque hacía tiempo que no lo veía; estaba esperándonos cerca del elevador y, al verme, pensó «qué muchacha tan guapa», sin reconocerme. Sólo se dio cuenta que era yo cuando me acerqué a saludarlo. Siempre tan distraído.

Me casó a mí, a mis dos hijos y bautizó a tres de mis cinco nietos; no bautizó a mi nieta más pequeña porque ya no la conoció. Mi nieto Matías nació en Chicago, pero lo trajeron a México a bautizar; cuando le comuniqué la fecha a Fernando, me dijo que ese día no podía porque tenía que dar una conferencia scout y no hubo manera de convencerlo de cambiar la fecha, así de comprometido era con los scouts. Lo único que hizo fue ponerme en contacto con un amigo jesuita que yo conocía muy bien, quien accedió con gusto a bautizar a mi nieto.

Un día Fernando me invitó a ir al cine con sus amigos scouts, me parece que fuimos a ver *Las minas del rey Salomón*; él era adolescente y sus amigos también. Días después, uno de los scouts con los que salimos habló a la casa y pidió hablar conmigo; a Fernando le pareció muy raro y se puso a escuchar por la extensión, y oyó cómo aquel muchacho me pedía ser su novia. Mi hermano enfureció, lo regañó y pidió que no volviera a llamarme.

Como sacerdote, hermano y amigo, Fernando estuvo muy cerca de mí y yo siempre traté de estar cerca de él. Lo

extraño muchísimo y cada día pienso en él. Nunca me contó lo que hacía en sus salidas con los scouts, ni supe del resto de sus condecoraciones y reconocimientos hasta que murió y pidió que todo eso me lo dieran a mí; con ayuda de José Adolfo López-Sampson, el jefe scout nacional de entonces, armé un cuadro con sus insignias y condecoraciones más importantes, el cual ocupa un lugar prominente en mi casa. Los libros que escribió tuve que ir a comprarlos a la tienda de la Asociación de Scouts de México, y creo que tengo la mayoría. Nunca me dijo que hubiera escrito tantos títulos, ni mucho menos me los regaló o a mi mamá.*

MARY LINDA SOTO HAY GARCÍA

Caricatura publicada en la revista *Vida Rover*, 1981, cuando se desempeñaba como Comisionado nacional de Adiestramiento.

*Fernando Soto-Hay y García falleció en la ciudad de México, el 14 de junio de 2010 (*N. del E.*)

Más scouts para un mundo mejor

La humildad del dirigente

Existe una caricatura de Baden-Powell que me gusta mucho, titulada «La vanidad de las insignias», donde se aprecia a un militar que camina a paso solemne, con su bastón de mando en la mano, mientras procura mostrar las insignias que lleva puestas en el uniforme; y, por otra parte, un scouter o dirigente con paso más solemne, vestido con una capa y la Insignia de Madera colgada del sombrero, para que pueda verse más claramente sin dejar dudas de quien es su poseedor.

Por la historia y leyendas, todos conocemos las Cruzadas, aquel movimiento iniciado en el siglo undécimo para conquistar Tierra Santa y establecer un reino cristiano; a la caída de la ciudad de Jerusalén, se estableció el tan soñado reino, ofreciéndole la corona a Godofredo de Bouillon, quien aceptó gobernar, pero no con el título de rey sino el de «Abogado del Santo Sepulcro». Ser rey implicaba dinero, honores, vasallos, etc., pero Godofredo tuvo la humildad suficiente para decir: «Yo no puedo ceñir la corona de oro donde Cristo ciñó la de espinas»; él comprendió que su misión era servir y no ser servido. Me gusta esta idea y la humildad de Godofredo.

Recuerdo mucho a un scout de una tropa donde yo no estaba, quien era «especialista en especialidades», y que a nosotros nos daba envidia al ver sus mangas repletas de insignias, aunque debo reconocer que todas ellas estaban bien ganadas, no eran regalos de sus sinodales. Me gusta ver así un uniforme en los muchachos de las secciones que lucen sus especialidades ganadas.

Cuando se leen los libros escritos por Baden-Powell, o sus biografías, aparece la idea que él tenía de lo que debe ser un scouter o dirigente. Desde luego, debemos interpretar algunas cosas: Baden-Powell tiene mentalidad inglesa, de la época de la reina Victoria o del rey Eduardo, por lo que busca a los nobles y los grandes héroes de la patria como dirigentes; pero no se queda allí, sino que busca a quienes han triunfado en la vida.

Bien podemos decir que un triunfador, en la mentalidad de Baden-Powell, no es quien logra amasar una fortuna o recibir honores, sino que es el mejor, ya sea como profesionista u obrero, como banquero o barrendero. Nunca pensó en llamar a los fracasados; él buscaba que los triunfadores dieran nombre a los scouts ante la sociedad, en el sentido más amplio de la palabra; no que los fracasados obtuvieran de los scouts lo que por sí solos no habían logrado.

Muchas veces, antes la carencia de scouters y dirigentes, aceptamos a quienes podemos «pescar», quienes dicen tener tiempo, cuando deberíamos buscar a quienes dicen no tenerlo. Nos llenamos de mediocres que no han logrado hacer nada en su profesión, en su trabajo; a quienes su matrimonio es un desastre y no han sabido educar a sus propios hijos; a quienes son motivo de burla de sus familiares y conocidos, aunque digan ser sus amigos.

Y lo malo es que un mediocre suele rodearse de otros tanto o más mediocres, para que no le hagan sombra; y a ellos son quienes les encomendamos algo tan delicado como ayudar a la formación de la juventud. Todos ellos se afianzan al cargo, al ser lo único que tienen en la vida, para sentir que no es un fracaso. Gracias a un nombramiento y una cinta prendida al hombro izquierdo que manifiesta el cargo que se les ha confiado, pueden dar órdenes, gritar y los demás que están bajo ellos deben obedecerlos, o los amenazan con castigos al tener «el poder», aunque no sean líderes que motiven a los demás a ser mejores.

Los uniformes que usan son la moderna versión de «La vanidad de las insignias»; hay que ponerse todas las insignias posibles, las que deben usarse y las que no. Es necesario aparentar no lo que se es, sino lo que se tiene porque, sin esto, su vida no vale nada. Esto contrasta con los uniformes usados por los grandes hombres, como el mariscal de campo lord Montgomery, héroe de la Segunda Guerra Mundial, quien no usaba insignias en su uniforme, a pesar que el reglamento marcaba portarlas. Cuando alguna vez le preguntaron por qué lo hacía, respondió:

—Valgo por mí mismo, no por las insignias que traigo puestas.

¿Ordinariamente, el hombre que vale por sí mismo reconoce que lo que tiene es un don otorgado por Dios; él ha puesto de su parte, pero Dios le otorgó inteligencia, tenacidad, temeridad, etc. Pero quien ha fracasado en la vida, suele atribuirse a sí mismo haber llegado al puesto que ocupa, por lo que hará lo posible por no perderlo, al ser lo único que tiene, lo único en lo que cree haber sobresalido y donde se realiza vertiendo su frustración hacia los demás, para poder aparecer como un triunfador.

Nos quejamos del estado del escultismo en México, estamos de acuerdo que el programa scout no llega a los muchachos como debería llegar; con frecuencia decimos que esto sucede porque los scouters y dirigentes no están adiestrados, sin percatarnos que, también, muchas veces, no es posible darles el adiestramiento necesario porque creen «saber demasiado» al tener un cargo.

—Si me dan manzanas, lo que puedo hacer con el adiestramiento es devolver manzanas pulidas, pero no me pidan que les devuelva cerezas —decía John Thurman.

Quien es un triunfador en la vida, sea scouter o dirigente, no necesita hacer gala de su cargo y usar el uniforme conforme a la «vanidad de las insignias», al valer por sí mismo y saber que está al servicio de los muchachos. Los fracasados

se valen del cargo, sea cual sea, y del uniforme para sentirse realizados en la vida, y por eso se convierten en tiranos que exigen que se les sirva.

Quisiera terminar con una anécdota, por demás ridícula pero real. Hace años, el comisionado de una provincia de la Asociación —título de lo que hoy llamamos presidente de provincia— nombró un nuevo comisionado para algún distrito, una persona que nunca había podido hacer nada en la vida; en realidad, un fracasado con tiempo para desempeñar el cargo que le confiaron.

En la primera reunión, se le informó que al siguiente domingo se realizaría una actividad para los lobatos de su distrito, mostrándole el programa de actividades. Luego de revisarlo, pidió agregarle lo siguiente: cuando él llegara, tenía que darse el toque de «atención» con una corneta o clarín; los lobatos debían de formarse en posición de firmes, haciendo una valla hasta un estrado techado donde él, sentado en un sillón, presenciaría las actividades. No hubo poder humano que lo convenciera que aquello no era una manera scout de proceder.

Al llegar al lugar de reunión, a la hora establecida, los lobatos corrían, iban y venían, subían y bajaban, y ninguno de los scouters presentes le hizo caso al comisionado que acababa de llegar. Nuestro ilustre personaje le pidió a su hijo, quien lo acompañaba en el coche, bajarse a avisar que se colocara el estrado con el techo y sillón, y se diera el toque de «atención», para que los lobatos se formaran y, entonces, pudiera bajar a presenciar la actividad.

La respuesta que mandaron los scouters al flamante comisionado de distrito, fue la siguiente:

—Dile a tu papá que no hay estrado con techo, ni menos un sillón; que no se dará el toque de «atención», y que los lobatos no harán la valla. Y que, si quiere bajarse del coche, es bienvenido a la actividad.

Al día siguiente, se presentó ante el comisionado de provincia para quejarse de la actitud de los lobateros durante la actividad del día anterior, diciéndole que así no podía trabajar. La respuesta del comisionado de provincia fue muy sencilla:

—Tienes razón, así no puedes trabajar. No te preocupes, ya nombraré otro comisionado en tu lugar.

Siempre Listo

No pienso tratar el lema de los scouts sino, más bien, lo que llamamos la operación Siempre Listo; quisiera, para empezar, recordar algunas veces cuando, desde el nivel nacional o el de provincia, se llama a los miembros de la Asociación para ayudar en la operación Siempre Listo: pensemos en las visitas papales a México, cuando se nos ha pedido ayudar a organizar a las multitudes en diversos eventos; pensemos en los siniestros naturales, como temblores o inundaciones o, también, coordinar la ayuda enviada a lugares siniestrados. Baste con estos pocos casos para ejemplificar la acción de los scouts en momentos difíciles.

De estos hechos surge una duda: ¿cómo prepara el escultismo a los muchachos para actuar en estas graves emergencias? Creo que la respuesta es muy fácil: los muchachos se preparan no sólo para ayudar en emergencias, al no formar parte de una asociación de primeros auxilios, ni cosa por el estilo, sino que debemos preparar a los muchachos para ser «ciudadanos responsables».

El muchacho adquiere en el escultismo, por medio del programa scout, diversas habilidades en muchos órdenes, que van desde la disciplina, trato humano, reaccionar ante las dificultades, organización, obediencia, etc. Todas estas habilidades, y muchas otras, lo preparan para que, en algún momento, tenga lo necesario para actuar ante contingencias imprevistas. Y si bien el escultismo en México ha perdido

mucha imagen ante determinados sectores de la sociedad, todavía se respeta al scout cuando actúa, al saber que lo hace bien y con modos humanos. Me sorprendió ver a un lobato, uniformado, dirigir el tráfico horas después del temblor de 1985, en una calle de mucho movimiento de vehículos.

Y si bien hemos prestado muchas veces ayuda en diversas contingencias, creo —y, si estoy mal, les pido que me corrijan—, nunca nos ha tocado una donde esté en peligro la vida de los muchachos. Por esta razón narraré un hecho ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los scouts marinos del Reino Unido fueron llamados a una operación Siempre Listo, donde pusieron su vida en peligro, pero respondieron como scouts al ayudar a su patria.

El 3 de septiembre de 1939, Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania al invadir ésta algunos países limítrofes. Inglaterra envió tropas al continente para contener el avance del ejército alemán, pero, ante la imposibilidad de detenerlo, se vieron arrinconados en las playas de Dunkerque, de donde había que sacar a trescientos mil soldados y llevarlos de vuelta a Inglaterra.

En Inglaterra cundió el pánico. Había que sacar como diera lugar a los soldados que estaban en una ratonera: el Canal de la Mancha, por un lado y, por el otro, el ejército alemán que continuaba su avance. El Almirantazgo envió sus barcos disponibles; pero, a pesar de que, en ese momento, disponía de una gran flota, muchas embarcaciones estaban en el Pacífico u otros mares, por lo que zarparon toda clase de barcos de guerra, al tiempo de pedir ayuda a todas las embarcaciones disponibles, en un llamado al que acudieron botes pesqueros, yates de lujo y lanchas de motor. La evacuación duró del 24 de mayo al 4 de junio de 1940.

El 29 de mayo, el Almirantazgo solicitó a la asociación scout de Reino Unido convocar a los scouts marinos, para ayudar a la evacuación de las tropas, la cual procedía lentamente. Existe una narración de una tropa de scouts marinos

de Nortlake, una población situada arriba de Londres, sobre el mismo río Támesis, la cual contaba con un bote de motor bautizada con el nombre de *Minotauro*, que había perteneci-do a la Marina imperial, aunque mantenía excelentes condi-ciones para navegar.

Los scouts recibieron la orden de movilizarse a las once de la noche y, una hora más tarde, se dirigieron a un puerto al sudeste de Inglaterra, donde cargaron combustible y provi-siones y, junto con otras embarcaciones, cruzaron el Canal de la Mancha hacia la costa francesa. Había un intenso tráfico: barcos que navegaban a recoger soldados y otros que regre-saban repletos de soldados rescatados.

Al llegar a Dunkerque, encontraron la playa llena de sol-dados a la espera de ser evacuados: unos estaban todavía en tierra y, otros, se adentraban en el mar para subir a los botes pequeños que los llevarían a las embarcaciones grandes, im-pedidas de llegar hasta los muelles, congestionados por los soldados a la espera de embarcarse. El trabajo asignado a la tropa de scouts era arrastrar las lanchas pequeñas colmadas de soldados que debían llevarlos hasta los barcos grandes, para regresar por otra carga humana.

Al principio de la operación, la labor fue tranquila, pero, después, los aviones alemanes empezaron a bombardear la playa, por lo que los buques de guerra y la artillería antiaérea abrieron fuego contra los atacantes. La cantidad de muertos y heridos iba en aumento, por lo que la labor de rescate de-bía hacerse lo más rápido posible. En eso, un avión enemigo lanzó una bomba contra el *Minotauro*, sin hacer blanco; salvó una lluvia de agua salada, no les pasó nada. Pero sus tripu-lantes vieron como otras embarcaciones resultaron hundidas y procedieron a rescatar a los náufragos en las ya recargadas lanchas que remolcaban.

Cuando el combustible que llevaban empezó a esca-sear, la tropa scout debió regresar a la costa inglesa para re-abastecerse. Gracias a Dios, a pesar de haber sido atacados

con bombas y ametralladoras, todos los scouts estaban sanos y salvos.

El *Minotauro* debió permanecer en tierra al llegar embarcaciones más veloces que harían el trabajo de acarrear soldados. Pero los scouts no permanecieron ociosos: subieron a bordo de aquellas embarcaciones para regresar a Dunkerque a proseguir en las labores de rescate del ejército. Llegaron a su destino por la noche, pero como habían sido bombardeados los depósitos de combustible, las llamas iluminaban el cielo como si fuera de día.

Ahora debían llevar a los soldados que esperaban en el muelle hasta los barcos anclados en alta mar. Los aviones ya no estaban, pero el muelle y la playa eran atacados por la artillería alemana. La evacuación continuó hasta que los botes se llenaron y, cuando apenas acababan de separarse del muelle, una granada lo alcanzó volándolo en mil pedazos, aunque, otra vez, los scouts estaban a salvo.

Todavía realizaron un viaje más, antes de volver a casa; durante el regreso, el oficial a cargo de la embarcación donde iban los scouts comentó haber perdido las cartas de navegación, pero el jefe de tropa de los scouts marinos indicó el rumbo a seguir y, con su asesoría, pudieron llegar al puerto. Pero aquí no terminó la labor de esta tropa, puesto que pronto se involucraron en las funciones de los guardacostas, con otras tropas de scouts marinos.

Lo aquí narrado no fue un hecho aislado en la operación Siempre Listo realizada en el Reino Unido durante la guerra. Los scouts —y al decir scouts, me refiero a los muchachos de tropa, al estar los rovers y scouters enrolados en las filas del ejército—, se encargaron de la vigilancia de las costas, para evitar el desembarco de espías que pudieran realizar labores subversivas; durante los bombardeos en las ciudades, ayudaron a conducir a la población civil a los refugios; prestaron ayuda a la Cruz Roja y en los hospitales, no sólo como camilleros sino, también, como enfermeros, etcétera.

Todas las acciones realizadas las aprendieron gracias al escultismo: disciplina, primeros auxilios, orden, navegación, observación, sacrificio, etcétera.

No cabe duda que el programa scout, bien vivido, enseña a los lobatos, gacelas, scouts, precursoras y rovers, y también a los scouters y dirigentes, muchas habilidades útiles tanto para los casos extremos de prestar ayuda al prójimo, como para la vida cotidiana.

En Cadillac o en nada

Mi patrulla tenía bonitas tradiciones: guardábamos un viejo banderín de patrulla, que sólo usábamos en determinadas ceremonias exclusivas; igualmente, teníamos el bordón del guía, que salía en aquellas solemnes ocasiones, además de contar con un lugar secreto para las promesas de patrulla. Como cualquier patrulla, teníamos un Libro de Oro; en los desayunos de campamento, tomábamos atole de chocolate y, cada año nuevo, teníamos un campamento de, al menos, tres noches. Teníamos, también, una clave secreta, etc. Pero había otra tradición que me gustaría compartir con ustedes.

Lo que voy a contar no es algo que ponga por escrito para que otra patrulla lo repita. Los tiempos han cambiado desde la época cuando era guía de patrulla; ciertamente, había crímenes, robos y secuestros, pero México no era tan violento como hoy en día. Me acuerdo que cuando era jefe de tropa —años más tarde de lo que narraré—, durante los campamentos de tropa realizábamos una excursión nocturna o un juego amplio durante la noche: salíamos del campamento para regresar dos o tres horas después, y todas nuestras cosas estaban donde las habíamos dejado. Sólo había que poner a salvo la carne porque, al llegar a acampar, una jauría de perros esperaba un descuido para llevársela, pero eso era todo.

El caso es que cada vez que volvíamos de una excursión —esto no lo podíamos hacer cuando volvíamos de campamento, por el volumen de las mochilas—, decíamos «en Cadillac o en nada». Y aquí hay que aclarar varias cosas.

Primero, siempre ha estado prohibido a los scouts «pedir aventón», pero no recuerdo si desconocíamos aquella prohibición o fingíamos demencia; el caso es que siempre lo hacíamos.

Segundo, en aquellos años, cuando el tipo de cambio respecto al dólar no era tan desfavorable como ahora, en México se veían muchos automóviles marca Cadillac, unos nuevos, otros viejos, pero muchos más de los que se ven ahora; éstos eran, frecuentemente, de personas muy ricas para quienes tenerlo representaba una especie de estatus, de preferencia grande y, muchas veces, convertible.

Tercero, era frecuente que, al estar parados a la orilla de la carretera, se detuviera un coche para ofrecernos llevar hasta México; hoy sería peligroso aceptar dicha invitación por un desconocido.

Bueno, la tradición era volver de las excursiones en Cadillac. Rara vez podíamos volver toda la patrulla en un solo coche, a pesar de que eran más amplios que los actuales, por lo que procurábamos que volvieran primero los más chicos con alguno de los grandes; al final, yo volvía con algunos de los scouts de la patrulla. Creo que nos remordía la conciencia lo que hacíamos, porque en las actividades de tropa regresábamos en camión, como todos los demás.

Recuerdo que un sábado se habían regresado todos los scouts de la patrulla, y sólo quedábamos mi subguía, otro scout y yo, cuando vimos venir un Cadillac al que pedimos aventón y se detuvo. Lo manejaba un señor con cara de serio, quien nos preguntó a dónde íbamos; le respondimos que a México. Nos dijo que nos subiéramos y lo hicimos.

En el camino, se puso a platicar con nosotros: nos preguntó de dónde veníamos, dónde estudiábamos, en qué

año íbamos; pero se interesó más en que le contáramos lo que eran los scouts: qué hacíamos, de qué nos había servido y no sé cuántas cosas más. Nosotros respondimos a sus preguntas lo mejor que pudimos, pero a ninguno se nos ocurrió preguntarle a él quién era. Tal vez, pensamos, era su obligación preguntar y la nuestra contestar.

Por fin llegamos a México, y nos preguntó a dónde íbamos. Como vimos que era buena gente, hicimos que nos llevara a cada uno a nuestra casa; el último fui yo. Al bajarme del coche nos despedimos y me dio su tarjeta de presentación. Me acuerdo que me dijo: «Si se les ofrece algo, aquí les dejo mi tarjeta». Yo la tomé y me la guardé en la bolsa, supongo que para tirarla.

Ya en mi casa, y antes de tirarla la leí, decía: «Fulano de Tal, Gobernador Constitucional del Estado de X». Inmediatamente tomé el teléfono para hablarle a mi subguía y contarle quién era aquel señor tan amable que nos había llevado a nuestras casas. Ambos acordamos poner la tarjeta en el Libro de Oro durante la siguiente junta de patrulla.

No cabe duda que el mundo ha cambiado desde aquellos lejanos años. No puedo imaginarme a un gobernador constitucional de un estado cualquiera que viaje solo en su automóvil sin escoltas, que vea a tres scouts a la orilla de la carretera pidiendo aventón, y detenga su coche para llevarlos a México, hasta la puerta de la casa de cada uno. Hoy sigue vigente la prohibición de viajar en aventón y, aunque no estuviera prohibido, sería de lo más peligroso viajar de tal forma.

Solamente pretendí narrar una aventura que tuve cuando fui guía de patrulla, pero, insisto, lo que acabo de contar de ninguna manera es para imitarlo alguno de los lectores, por los peligros que encierra.

Ayer subí al Popo

No es la primera, ni será la última vez que suba al Popo; lo he hecho por diversas rutas, cada una de ellas con su encanto. La misma montaña plantea un reto que conviene tomar, sobre todo cuando uno está desanimado y sin horizontes claros por delante. Es un volcán maravilloso: su altura, hielo, nieve, la tremendamente cansada arena, su cráter abierto y siempre humeante, el olor a anhídrido sulfuroso y no sé cuántas cosas más lo hacen único.

Ayer subí al Popo. Fui con Gabriel, Nacho y Ramón; estábamos en plan de flojos y tomamos por Las Cruces, el camino largo de paseo. No se trataba de escalar, sino de caminar, convivir y platicar durante los momentos de descanso, por eso decidimos subir por Las Cruces.

Salimos de México poco después de comer, pero, antes de tomar la carretera a Tlamacas, había que detenerse en Amecameca a comer unos tacos; para muchos, parece ser obligatorio comer tacos antes de subir al Popo. Últimas compras de algunas cosas que olvidamos, en especial chocolates y, ahora sí, la carretera a Tlamacas, el precioso bosque, o lo que queda de aquel tupido bosque que conocí años atrás, cuando fui a Tlamacas a ver el Popo desde cerca.

Siempre que llego al albergue de Tlamacas me acuerdo de otro que conocí en Suiza, no recuerdo el lugar exacto; bueno, me refiero a la construcción desde afuera típicamente suiza, o sea, limpia y arreglada. El cielo en aquellas alturas estaba limpísimo, de un azul intenso y hacía mucho calor, ese calor de montaña que preludia una noche fría. Antes de salir a caminar tomamos un poco de café de grano, no soluble; haga frío o calor, hay que tomar café para entonarse y poder acostumbrarse a la altura, cosa que no nos costó trabajo.

Salimos a caminar y, como había llovido las semanas anteriores, se veía maravilloso. Primero, los arenales con color a mojado, después el bosque de gran verdor; más allá, el

valle de un verde intenso y, en medio del mismo, los pueblos y pequeñas ciudades, todo rematado con las montañas apreciada con claridad a lo lejos. Pocas veces he gozado tanto aquella vista.

Cuando el sol declinaba, volvimos al albergue. Ya empezaba el frío y había que cenar ligero pero sustancioso antes de irse a dormir, porque la noche sería corta. Gracias a Dios, estábamos solos en aquella construcción. Ya no vimos la noche por tratar de dormirnos temprano, para levantarnos de madrugada. Buenas noches, y a tratar de conciliar el sueño.

Nos levantamos, tomamos café caliente y algo más para aguantar la subida. Llama la atención la rapidez con que hierve el agua: con la altura, el punto de ebullición baja mucho respecto al de la ciudad de México, y no se diga con respecto a la orilla del mar. Me acordé de quienes suben los picos del Himalaya y, al tomar bebidas calientes, no se queman la boca. Pretendíamos llegar a Las Cruces antes de la salida del sol.

La luna ya se había puesto cuando empezamos a caminar. El cielo estaba lleno de estrellas, la Vía Láctea se veía perfectamente, reinaba la oscuridad y el frío era de pastorela. Lo peor era que soplaba un poco de viento helado; era el colmo, pero ni con el ejercicio de la caminata nos calentábamos. Yo iba con la vista puesta en el cielo y el suelo: valía la pena ver el cúmulo de estrellas, sin tropezarse.

Al ver el cielo, vimos dos estrellas fugaces y, siguiendo la tradición, cada uno de nosotros pensó un deseo que, según dicen, se cumplirá. Gabriel se quejaba del dolor de sus orejas y nariz por el frío. Yo le dije, recordando a Cuauhtémoc: «Acaso estoy yo en un lecho de rosas», con lo que se calmó y dejó de quejarse.

No sé si salimos muy temprano o caminamos muy rápido, pero llegamos a Las Cruces al empezar a clarear un poco, por lo que nos tomamos un merecido descanso para esperar la luz del sol, tomar un poco de café y, desde luego,

algo de chocolate a mordidas para tomar energías y seguir adelante.

Poco delante de Las Cruces, encontramos una pequeña mochila vacía; nos detuvimos a examinarla, y pensar lo que habría pasado con su dueño. Tal vez la dejó al ir subir para aligerar el peso, sin encontrarla al volver; puede ser que se le cayera a alguien y rodó por el hielo que hubo durante la época de lluvias, y alguien la encontró, la vació y dejó abandonada; tal vez asaltaron al dueño y le robaron el contenido de la mochila. Me acordé de unos alpinistas canadienses que encontré en Tlamacas, años atrás, y buscaban una mochila perdida por uno de ellos al resbalar en el hielo: les urgía encontrarla porque traía su dinero, pasaporte y otros documentos de interés. No sé de nadie que suba una montaña con todos esos documentos y dinero consigo.

Como íbamos en plan de paseo, subimos por el lado de Puebla al ser el más sencillo para escalar la montaña. Poco delante de Las Cruces empezó el olor a anhídrido sulfuroso y, por momentos, también, ácido sulfhídrico. (Soy puritano de la química, y me niego a decir «olor a azufre»; el azufre no huele, pero cuando se quema, al combinarse con el oxígeno, se convierte en anhídrido sulfuroso, y ése sí huele.) Esto es algo que me impresiona del Popo, ese olor que indica que el volcán está activo, y me hace pedirle al Señor que no se le ocurra «hacer un chiste», mientras estemos arriba.

Finalmente, llegamos al llamado Labio inferior, donde volví a ver algo que siempre me impresiona: un cráter abierto y activo; esa gran elipse de roca y, al fondo, las fumarolas que dan idea de la actividad del volcán, con una pequeña laguna en medio. Otro café, un poco de chocolate a mordidas y el recuerdo de Diego de Ordaz, uno de los conquistadores españoles enviado por Cortés a conseguir azufre para hacer la pólvora necesaria para sus armas. No me imagino la subida con casco, coraza y los trajes de aquella época, que debió haber sido gloriosa. El viento seguía, pero ya no se sentía frío,

en parte por haber sudado durante la subida, en parte por el sol de montaña que pegaba a plomo o, quizá, por el café y chocolate.

Tras un descanso algo más prolongado, realizamos la subida final a la cumbre. Por lo despejado de la atmósfera, se apreciaban los valles de México, Cuernavaca y Puebla. Vale la pena llegar hasta la cumbre para disfrutar del espectáculo. Otro descanso y de vuelta a Tlamacas. Ya todo era bajar, pero ¡qué cansado es hacerlo! Ya queríamos una subida para poder descansar. Una buena comida en Tlamacas preparada rápidamente, antes de volver a Amecameca con luz del día.

Para mí, cada montaña tiene un encanto especial, una belleza que no se encuentra en las demás, porque cada una de ellas es distinta. Y no me refiero sólo a las montañas más altas, sino a las colinas o montes más bajos. Pero, al mismo tiempo, todas y cada una de ellas tienen algo en común: el reto de vencerlas, llegar a la cumbre, sentir que puedo hacerlo y, en la soledad de la montaña, disfrutar del encuentro con la naturaleza y su Creador. El cielo estrellado, el camino de arena, la nieve y hielo, la vista desde la cumbre, las rocas, los bosques, toda la vegetación me habla de Dios. Subir una montaña es tener un encuentro con Aquél del que, muchas veces, nos olvidamos en el tráfico diario de las ciudades. Vale la pena subir y sentirlo; vale la pena subir y sentir que podemos vencer las dificultades.

Viejo uniforme

No se vale vivir del pasado y pensar que todo tiempo pasado fue mejor; en el mundo actual, donde los único estable es la inestabilidad, donde los cambios se dan a diario y todo evoluciona a la velocidad de la luz, resulta necesario ver el pasado para sacar lo bueno que tuvo; ver lo malo que podemos encontrar y pensar que tenemos que trabajar no para

hoy, sino desde hoy, o mejor desde ayer para el mañana, que ya está aquí.

No soy amigo de guardar cosas que no tengo ya por qué tenerlas, por lo que regalo lo que ya no quiero, al estar convencido de que, el día que muera, todas acabarán en el bote de la basura. Sin embargo, conservo una camisola y pantalones del uniforme de la época cuando fui jefe de clan. Me gusta usarlos y, sobretodo, verlos y recordar tantas cosas que me traen estas dos prendas del uniforme. Conservo, también, las pañoletas de los grupos scouts donde he estado e, igualmente, me gusta recordar viejas épocas.

Si crees que soy un sentimental, te diré que lo acepto; pero esas vivencias que me vienen a la mente, quisiera que pudieran tenerlas muchos otros scouts, y ese uniforme y pañoletas me hacen recordar muchas cosas.

Tal vez, por esa razón, me gusta cantar al final de las fogatas que he coordinado, cuando el fuego va extinguiéndose, la canción «Viejo uniforme». Me viene a la mente aquella caminata en medio de la lluvia torrencial; me recuerda aquel campamento donde disfrutamos de espléndidos días; me recuerda estar de pie en la punta de un monte, con el viento helado calándome los huesos; me recuerda aquel curso donde todo caminó sobre ruedas, y aquel otro donde se presentaron todas las dificultades posibles; me recuerda la fogata y la noche estrellada en aquel verde valle; me recuerda...

Me gusta recordar y soñar; me gusta pensar que, algún día, tú también podrás gozar del campo como yo lo he gozado por tantos años. Hacerlo es fácil si haces lo que nos dicta la ley scout: «Ver en la naturaleza la obra de Dios». Desde luego, he pasado momentos difíciles y alegres: momentos difíciles como la llegada al lugar de acampado, donde no pudimos prender una fogata con leña mojada; como cuando los perros nos robaron la carne que traíamos para los tres días que nos quedaban de campamento; como cuando alguien tocó el techo de la tienda, y nos llovió dentro de ella toda

la noche. Pero aún en esos momentos hay que saber ver lo positivo, sin dejarse llevar por el mal humor.

Creo, tal vez, que uno de los momentos más gratos que recuerdo haber vivido con ese uniforme, es el que narro a continuación. Hace muchos años, cuando aquel uniforme era nuevo, lo llevé puesto la primera vez que fui a Meztitla; tenía una verdadera ilusión por conocer aquel lugar del que tanto me habían hablado, el tan nombrado campo escuela de la Asociación; el lugar donde tantos de mis amigos tomaron el curso de Insignia de Madera; el lugar del que tantas anécdotas había escuchado, etc. Tal vez, por eso, me puse mi uniforme nuevo ——el que hoy es mi viejo uniforme—, porque quería «llegar presentable» a ese santuario. Y aquí se inició la relación entre aquel uniforme y Meztitla.

Pero qué desilusión. Allá, en los años cuarenta, empezó la idea de tener un campo escuela; el lugar elegido era un valle, no muy grande, rodeado de altísimos pinos, donde corría un arroyo de aguas muy limpias. Todo el año el pasto era verde y el clima frío, como a mí me gusta. Un lugar verdaderamente modelo. Pero no pudo conseguirse y se buscó otro que resultó ser Meztitla.

Y llegué a Meztitla y vi todo lo contrario: un terreno en declive, sin grandes árboles, con dos torrentes secos, un suelo lleno de piedras; el sol caía a plomo y hacía mucho calor. Ciertamente, me gustaron las cabañas porque se integraban al paisaje sin parecer algo extraño, pero lo demás era todo lo contrario a lo que había soñado para un campo escuela, y lo peor es que tenía que quedarme ahí por tres días. No me quedó más remedio que ponerme a preparar el campamento, me gustara o no, y vivir en Meztitla por tres días.

Pero me gusta observar, y empecé a ver los farallones con sus formas caprichosas que parecen cortados con un cuchillo, y me gustaron; me gustaron los cauces de los arroyos llenos de piedras, e imaginé cómo serían cuando corriera el

agua y saltara por las pequeñas cascadas. Me empezaron a gustar las bardas de piedra y las terrazas que había en el campo; me gustó El Dado, y ese suelo y el olor a la hierba que no era igual a la de tierra fría, que conocía. Me gustó el cielo estrellado que hubo durante las dos noches de campamento; me gustó oír los insectos que cantaron durante toda la noche. Me gustó ver cómo los demás gozaban de aquel lugar; me gustó sentir el aire fresco al mediodía, cuando el calor subía a cada momento, y no sé cuántas cosas más me gustaron. Y desde ese momento me empecé a enamorar del lugar, a pesar de no ser como había soñado que debiera ser un campo escuela para la Asociación.

Muchas veces he vuelto a Meztitla. Fue ahí donde tomé dos cursos de adiestradores y dirigí la mayor parte de los cursos de Insignia de Madera y Adiestradores que he dado; en Meztitla he vivido muchos Indabas y reuniones de Gilwell, además de acampar en muchas otras ocasiones; en su Cabaña Scout, recibí el Berrendo de Plata y, puedo decir ahora, después de tantos años, que no cambio Meztitla por ningún otro lugar. Pero como soy romántico, siempre procuro llevar ese mismo uniforme que tantos recuerdos me traen a la mente, usándolo algunos de los días de campamento, allá en Meztitla.

Ese viejo uniforme está, como se dice, «de dar lástima»; se ha despintado, al grado que su color ya no se parece nada al «oficial», y su cuello está roto. A veces me parece el uniforme de un niño pobre que no tiene otro, por lo que tiene que seguir usándolo al no quedarle otro remedio. Pero para mí es mi «viejo uniforme», que tanto quiero por traerme tantos recuerdos cada vez que lo uso, y por lo tanto no puedo tirarlo al bote de la basura.

Desde hace años he pensado, en cada curso que dirijo en Meztitla, que llegó el momento de deshacerme de él; siempre pienso quemarlo en la fogata final, aunque no me he atrevido al tenerle verdadero cariño por tantos años que

me ha acompañado, en las buenas y en las malas; he pensado ponerlo en un marco, entre dos vidrios, como los uniformes de los héroes de la patria que vemos en los museos, pero me parece ridículo. Soy sincero, no sé qué hacer con él, lo quiero demasiado. Me gustaría conservarlo siempre, pero sé que el día que pase «al lugar del reposo y de la dicha», acabará en la basura. Por lo que pienso que el mejor lugar para mi «amigo», el viejo uniforme, es el fuego de una fogata de Meztitla, al final de un curso, y creo que eso será lo que haga, para que allí se quede para siempre, en ese grato lugar donde tantas vivencias he tenido. Pero sé que me costará trabajo hacer eso con mi amigo, con mi «viejo uniforme».

Mi primer campamento

El primer campamento en mi vida fue como lobato. Un día, en la junta semanal de grupo —en aquellos lejanos días de 1944—, surgió la idea de hacer un campamento de tropa y clan; y, supongo que, para no hacernos menos a los lobatos, invitaron a los dos seiseneros de la manada a unirnos, cada uno en una patrulla de la tropa para poder ir al campamento. A los pocos días, el otro seisenero avisó que no pudo conseguir el permiso para ir, por lo que fui el único lobato que pudo asistir.

Pero como no iríamos como manada, me asignaron a una de las patrullas de la tropa; al llegar a mi casa, pedí el permiso, y mi papá me dijo que sí podía ir; mi mamá me empezó a hacer toda clase de preguntas sobre lo que comeríamos, dónde dormiríamos, quiénes irían, etc. Me daba la idea que le daba miedo que fuera a aquel campamento, pero no insistió en sus dudas y pude ir.

Sabiamente pensé que tenía que prepararme para aquella gran aventura; y creo que en lo único que pensé fue que tendría que dormir en el suelo, por lo que decidí iniciar mi preparación. Convencí a mi hermano, con quien compar-

tía la recámara, que durmiéramos en el suelo; él estuvo de acuerdo, y en vez de dormir en nuestras camas, con las colchas hicimos una tienda de campaña, a donde llevábamos sarapes para dormir sobre un tapete puesto sobre las duelas de la recámara. Creo que al principio me resultó difícil, pues no es lo mismo dormir sobre un suelo de madera que en un colchón; me dolían los cuadriles, pero me aguanté, pues debía acostumbrarme para poder dormir en mi primer campamento, uno de seis días y, por lo tanto, cinco noches.

No quiero contar todas las aventuras que tuve en aquel campamento, por lo que sólo me referiré a unas cuantas que, con el tiempo, me reforzaron la idea que los scouts somos poco menos que masoquistas, en el buen sentido de la palabra.

Desde luego, para aquel campamento llevamos tiendas de campaña, pero, al llegar al lugar elegido para acampar, lo jefes vieron que había una cabaña y pidieron permiso para que todos pudiéramos dormir en ella, el cual sin dificultad les concedieron. La cabaña no estaba del todo mal, aunque no era perfecta: el suelo era de cemento, creo que para que pudiera limpiarse fácilmente; en el cuarto principal había una chimenea de leña. Los cuidadores nos dijeron que la podíamos prender y nos enseñaron dónde estaba la leña; la cocina tenía un brasero, donde podíamos guisar, pero la llave del fregadero no funcionaba; además, había un baño como adorno, porque no tenía agua, por lo que lo usamos para guardar las tiendas y otras cosas.

El lugar era muy frío, por lo que desde la llegada los jefes consideraron que había que prender la chimenea por las noches; en vista de eso, pensé que el mejor lugar para dormir era junto a la chimenea, sin calcular que, cuando se apagara, jalaría todo el aire caliente y sentiría la corriente de aire frío colándose por debajo de la puerta de entrada a la famosa cabaña.

Al acostarnos la primera noche, nadie me dijo que me quitara los zapatos y las medias; yo pensé que si dormía con ellos dormiría caliente, lo que resultó falso; más aún, me acosté totalmente vestido, con las bolsas llenas de todas las cosas que había llevado: pañuelos, cartera, una navaja y no sé qué tantas cosas más, lo que me incomodaba porque se me clavaban en el cuerpo. Por otra parte, para dormir caliente me puse arriba los dos sarapes que llevaba, y cuando el frio del cemento me calaba, lo que hacía era darme la vuelta; como buen lobato atarantado, así dormí todas las noches. Desgraciados, nadie me dijo cómo dormir caliente en un campamento.

Pero mis males no terminaron en no poder dormir; el guía me obligaba a lavarme todos los días por la mañana. El agua estaba helada, pero, como todos los demás hacían lo mismo, yo me tenía que lavar las manos y la cara. Cómo extrañaba el agua caliente de mi casa. Por otra parte, los scouts de la patrulla pensaron que yo no era capaz ni de calentar agua para hacer café, por lo que me eximieron de estar en la cocina, pero, como no preparaba los alimentos, a diario —tres veces al día—, tenía que lavar todo lo usado para guisar; así aprendí a lavar las cosas con pasto arrancado de la orilla del arroyo, y con lodo, al exigirme que las cosas estuvieran impecables. Lo malo es que mientras yo lavaba, los demás descansaban.

Lo curioso es que, vistas las cosas así, parece que los scouts de mi patrulla estaban dispuestos a desilusionarme de entrar a la tropa o seguir en el escultismo; sin embargo, ya lo dije, los scouts somos medio masoquistas. Al volver, todavía en el camino, pregunté cuándo sería el siguiente campamento. La vida al aire libre me había gustado, a pesar de todos los «males» que me pasaron.

Aquella experiencia la guardé en el fondo de mi corazón y cuando, pasados los años, llegué a ser guía de patrulla y, más tarde, jefe de tropa, siempre pensé que los muchachos

que llegaban iban a buscar la aventura, el contacto con la naturaleza, sentir que, a pesar de carecer de las comodidades de la llamada civilización, uno puede estar feliz en el campo. Y lo que es muy importante: que en ese ambiente se forja el carácter, fomenta el compañerismo, se aprenden nuevos valores propios del escultismo. Por eso siempre procuré que las actividades al aire libre ocuparan un lugar muy importante. Salimos con mucha frecuencia, y las actividades eran siempre de interés para los muchachos; éstos querían salir al campo, y lo que yo les daba era salir al campo con la mayor frecuencia posible.

Como una reflexión final: nos quejamos amargamente de que somos pocos scouts en México, que la formación que les damos a los muchachos no es lo que debería ser, y que uno de nuestros puntos más fallidos es que el campo lo conocen sólo por los libros, pues no puede imaginarse lo que es el campo cuando sólo se está en el parque donde nos reunimos. No salimos y nos quejamos del estado en que nos encontramos.

El muchacho espera subir a una montaña o, al menos, un cerro; espera recorrer los valles o, al menos, un pedazo de tierra en contacto con la naturaleza; el muchacho espera escalar un risco o, al menos, una piedra; el muchacho espera… y aquí podemos poner lo que sea. Lo que tenemos que hacer es darles lo que quieren, lo que necesitan para poder volver a ser los scouts que Baden-Powell soñó que fuéramos.

Recuerdos de Baden-Powell

Piensas ir a Londres —espero que, algún día, puedas hacerlo— y querrás conocer lo más importante de la ciudad; desde luego, la Torre de Londres, que resguarda las joyas de la Corona británica; el Parlamento y, junto al mismo, la Torre del Parlamento con su famoso reloj; la abadía de Westminster, el Museo Británico, los palacios de St. James y Buckingham, las

plazas de Trafalgar y Picadilly, y las demás cosas que suelen visitar los turistas. Londres es una ciudad que vale la pena visitar, al menos por una semana.

He tenido la suerte de estar varias veces en Londres, y recorrerla arriba y abajo. Pero Londres es algo más que catedrales, palacios, museos, plazas, calles y guardias en los palacios; Londres tiene un significado muy especial para los scouts, al existir muchos recuerdos de Baden-Powell, de los cuales quiero hablarte, para que cuando vayas los busques y pienses en el fundador. Te quiero dar algunas ideas y direcciones para que busques las huellas de Baden-Powell.

Existe allá un parque muy grande y señorial, me refiero a Hyde Park, vale la pena que lo recorras; al norte del parque busca una calle llamada Stanhope Terrace W 2, y busca el número 6, donde nació Baden-Powell. Por desgracia, esa casa fue demolida en 1959, pero podrás apreciar su extraordinaria ubicación; recuerda que él y sus hermanos solían ir al parque a jugar, sintiéndose en pleno campo. Te oriento: si tomas el tren subterráneo, bájate en la estación Lancaster Gate y estarás a un tiro de piedra de donde estuvo la casa de la niñez de Baden-Powell.

En 1860, su mamá, quien enviudó aquel mismo año, se trasladó a vivir a una casa más modesta, que todavía existe y tiene una placa para recordar que ahí vivió Baden-Powell. La casa está situada al sur de Hyde Park, y su dirección es Hyde Park Gate 1 y 2; verás que es una casa más sencilla, aunque también a unos pasos de Hyde Park. Puedes hacer el recorrido a pie de una casa a otra en unos diez minutos.

A una cuadra de esta aquella encontrarás la calle Queen's Gate, síguela por unos cinco minutos hasta la esquina de Cromwell Road, donde está Baden-Powell House. El lugar consta de dos partes: sobre Cromwell Road están las oficinas de los scouts del Reino Unido, son meramente burocráticas, por lo que, si no tienes nada que arreglar ahí y, además, no tienes una cita, no te dejarán entrar; pero sobre

Queen's Gate están algunas cosas que creo te gustarán ver. A la entrada existe una tienda de recuerdos scouts, como tarjetas postales, fotografías y algunas cosas más; además, existe un pequeño museo donde exhiben algunas pertenencias de Baden-Powell, vale la pena visitarlo; existe, también, una biblioteca scout. No tiene mucho, pero no dejes de verla. Finalmente, en este lugar están las oficinas de un hotel o albergue scout; si pretendes alojarte ahí, pide con anticipación un lugar pues, ordinariamente, está lleno o casi lleno.

Seguramente irás a la abadía de Westminster, el lugar tradicional para la coronación de los reyes; el edificio es magnífico. No olvides visitar su claustro y sala capitular. Al entrar verás el cenotafio de Baden-Powell. Un cenotafio es una tumba vacía, por lo que podemos decir que es una lápida a nuestro fundador, la cual se encuentra a la entrada, a mano derecha. Siempre que he ido realizo un momento de oración por el escultismo, que creo que mucho lo necesita.

Vale la pena que vayas a Charterhouse, el colegio donde estudió Baden-Powell; si bien cambió de lugar y a él le tocó el cambio, aquí empezó a estudiar. Este antiguo edificio estaba fuera de las murallas de Londres y, como su nombre lo indica, era el monasterio de los monjes cartujos. Está más o menos cerca de la catedral de San Pablo. En la actualidad es un asilo de ancianos, por lo que está prohibido entrar a visitarlo; sin embargo, desde fuera puede verse parte de la fachada del edificio. A unos pasos de Charterhouse está el mercado Smithfield. Los alumnos de Charterhouse organizaban peleas contra los muchachos de este mercado; estas anécdotas puedes verlas en cualquiera de las biografías del fundador.

Otro lugar que creo puede interesarte es el War Museum, donde encontrarás el sombrero usado por Baden-Powell durante el famoso sitio de Mafeking, y algunos otros recuerdos.

Si caminas por la calle llamada Strand, a su inicio en Chering Cross —rumbo a la catedral de San Pablo, que es también la catedral de Londres—, encontrarás poco antes de llegar un imponente edificio llamado Somerset House, sede de los Caballeros de la Orden de Victoria, de la que Baden-Powell fue caballero Gran Cruz, por lo que tuvo que acudir a los servicios religiosos celebrados para los poseedores de tan acreditada condecoración.

Pero creo que todo scout que va a Londres piensa conocer el famoso campo escuela de Gilwell; éste, fue fundado por el mismo Baden-Powell y, al asumir el título de barón, tomó el de barón de Gilwell. Se encuentra cerca de Londres, y te diré cómo llegar: tomas el tren subterráneo hasta la estación de Liverpool, donde abordarás el ferrocarril a Cingford. Los trenes salen con mucha frecuencia, por lo que recuerdo, cada media hora. Te bajas en la terminal, que está en Cingford y, al salir de la estación, encontrarás un mapa que indica cómo llegar a Gilwell. Creo que hay que caminar como unos tres kilómetros.

Vale la pena dedicarle todo el día a visitarlo despacio, saboreando lo que es y significa Gilwell. Procura ver su pequeño museo, la parte del adiestramiento y acampado para los muchachos, sus diversos edificios, unos viejos y otros modernos; los cuadros sobre los scouts, que son muy interesantes y debes apreciar con calma.

He tenido la suerte de haber estado muchas veces en Gilwell, una de ellas durante toda una semana, y siempre he ido uniformado, porque me parece una profanación presentarme sin uniforme.

Cuando estuve por primera vez en Gilwell, me asignaron un ejecutivo para guiarme por todas partes; no sé qué me pasó, pero no me llamó la atención lo que veía, ni las explicaciones que me daban. Pero, poco a poco, me fue gustando el lugar. Tengo que aclarar que todas las veces que he estado en Gilwell he ido y vuelto a pie; creo que como scout lo debo

hacer y, al salir de ahí, siempre canto en mi interior la canción aprendida en un curso: «En mis sueños, siempre vuelvo a Gilwell». Y si alguna vez puedo volver a Londres, espero volver otra vez y otras más si es posible, a ese lugar del que tengo tantos recuerdos.

Recuerdos de investiduras rover

No sé por qué cuando se reúnen dos o más scouts o, en su caso, dos que fueron scouts el tema obligado de la conversación son los scouts, las vivencias que tuvieron juntos, de lo que es y lo que era el escultismo. Creo que esta es una experiencia que hemos tenido todos con algunos años dentro del movimiento scout.

Hace algún tiempo, me reuní con muchachos —bueno, muchachos de hace algunos años— con quienes conviví cuando era jefe de clan; desde luego nos pusimos a recordar muchas cosas que vivimos juntos. No eran «recuerdos tristes de pasadas glorias», sino todo lo contrario: recuerdos alegres de pasadas glorias; recuerdos de épocas idas que, por desgracia, no volverán. Lástima que el tiempo no tenga reversa, porque cómo nos gustaría volver a vivir lo ya vivido.

Entre otros recuerdos, salieron a la luz algunas aventuras que tuvimos en investiduras rover: en el clan teníamos la costumbre de realizar las investiduras en alguna casa de campo, donde hubiera un comedor o su equivalente, pues cenábamos durante la noche de investidura y, al menos, desayunábamos al día siguiente; una sala donde pudiéramos reunirnos, pues teníamos la costumbre de abordar un tema para discutirlo entre todos; un lugar para dormir; baños al menos para… creo innecesario decir para qué; una capilla o lugar para armarla para la ceremonia, y un lugar para la capilla de la vigilia. Los escuderos no entraban a la capilla de la investidura, sino hasta el momento de la ceremonia.

La investidura tenía toda una secuencia observada escrupulosamente, para garantizar darle la importancia merecida para quienes la recibirían.

Cuando el Consejo de Clan decidía conceder algunas investiduras, —nunca más de dos a la vez—, se les avisaba a los escuderos la fecha de la ceremonia, pidiéndoseles que presentaran al Consejo de Clan, a la brevedad posible, su proyecto de escudo rover para su aprobación. Se les indicaba la fecha, pero nunca se les decía el lugar donde se realizaría la investidura, el cual era un secreto hasta el momento que llegaran al lugar, como elemento sorpresa.

Ya unas dos o tres semanas antes de las investiduras, nos poníamos de acuerdo en el Consejo de Clan sobre la cena y el desayuno; estos alimentos eran unos de los obsequios para los futuros rovers; otra cosa muy importante era revisar los vehículos disponibles para aquellos días, aunque, poco a poco, esto dejó de ser un problema cuando el clan fue «motorizándose».

Los futuros rovers debían salir desde el viernes, a más tardar al principio de la tarde, cuando se les entregaban unos sobres, veinte o treinta, que debían abrir por el camino siguiendo las instrucciones contenidas en ellos. El primero decía más o menos así: salgan del local del clan y tomen el autobús que vaya a tal pueblo, al bajarse abran el siguiente sobre. El segundo decía: tomen tal camino o tal dirección y lleguen al punto que se les daba. El siguiente les indicaba el lugar donde debían de acampar; luego, se les indicaba que debían preparar la cena y el desayuno antes de abrir el siguiente sobre, cuando estuvieran listos para poder caminar. El siguiente indicaba la dirección para encontrar una carretera, y al llegar allí se les indicaba dirigirse a un pueblo, normalmente ubicado como a unos treinta kilómetros. Los siguientes sobres eran todos iguales: tómense un refresco, siéntense a esperar y abran el siguiente dentro de media hora. Sólo el último de-

cía: si los rovers no hemos llegado, pónganse a rezar porque nos pasó algo en la carretera.

Desde luego los recogíamos al principio de la tarde sobre aquella carretera. Nos acordamos de una vez que íbamos en un coche chico que yo llevaba, y en una camioneta llevada por mi subjefe. Acordamos que yo subiría a uno de los escuderos, el más bajo, pero sin la mochila ni la tienda al no tener espacio para tanto. Salí primero y la camioneta salió unos cinco minutos después; cuando encontramos a los dos escuderos, detuve el carro y les pregunté cómo estaban.

—Muy cansados —me dijo el que debía recoger.

—Deja la mochila y súbete al coche —le respondí.

—¿Y yo qué? —preguntó el otro.

—Llévate las dos mochilas y la tienda, y sigue caminando —le respondí.

Dicho esto, arranqué. Por el espejo veía a aquel pobre con las dos mochilas y la tienda, que caminaba por la carretera; claro que a los pocos minutos pasó la camioneta y lo subió. Cuando llegamos al lugar de la investidura, le pregunté:

—¿Qué sentiste cuando te dejé en la carretera?

—Ya ni la… —fue su respuesta.

A media tarde que llegamos al lugar de la investidura, tras acomodarnos en los lugares donde dormiríamos, nos dividimos en tres grupos de trabajo.

El primero, con los escuderos y uno o algunos rovers se encargaron del comedor. Siempre se ponía la mesa de manera muy formal; a ellos les tocaba, también, ver las cosas de la cena para estar listos más tarde sin tener ya preocupaciones.

Los segundos, solamente rovers, debían preparar la capilla para la vigilia, y revisaban las insignias con todo lo demás necesario para este importante momento de la investidura.

Los terceros, también únicamente rovers, se encargaban de preparar la capilla: debían dejar todo en el lugar donde debía estar, conforme al rito de la investidura.

Al terminar todo, y tras supervisar las diversas áreas, se realizaba un ensayo general de la ceremonia: dónde estaría colocado cada rover, quién abriría la puerta, dónde se colocaría quien recibiría la investidura. Cada uno de los pasos se ensayaba para que, a la mera hora, no hubiera titubeos.

Al principio de la noche, se tenía una reflexión con todos los miembros del clan presentes; se procuraba tenerla antes que llegaran los invitados, al ser algo interno de nosotros. Al terminar, una vez dada la bienvenida a los invitados y asignados los lugares donde dormirían, se tenía la cena. Los rovers que se habían encargado de la cocina traían las cosas y se encargaban de servirlas, desde luego también cenaban. Nunca los escuderos hacían esto.

Al terminar la cena, los escuderos se retiraban al ser el momento de la vigilia rover. Siempre le dedicábamos un largo tiempo a la vigilia, ya que primero iba un escudero y, después, el otro. El tiempo para la vigilia era el que cada uno necesitara para pensar, reflexionar y hacer oración. Mientras tanto, los rovers nos quedábamos platicando, pero yo, como jefe de clan, iba a visitar a los escuderos por si necesitaban algo.

Después venía la ceremonia de investidura, realizada con calma y solemnidad para cada uno de los escuderos y, aprovechando mi presencia, teníamos misa a continuación. Qué sabroso era dormir con el sabor de boca de unas investiduras donde se habían aceptado a dos nuevos rovers en la hermandad de servicio.

Al día siguiente, tras lavar todo, haber desayunado y dejado todo en orden, volvíamos a casa para llegar al principio de la tarde. No comíamos, porque el desayuno era tarde y tomábamos lo que habíamos llevado, mas todo lo que sobraba de la cena. Todo terminaba con la llegada al local de clan, donde colgábamos los escudos de los nuevos rovers en el lugar asignado entre los escudos de los rovers activos y, a

los ocho días durante el Consejo de Clan, realizábamos una evaluación para mejorar la siguiente investidura.

Así como narré una anécdota de lo que pasó un día que fuimos a una investidura, quiero terminar con lo que nos pasó un día que volvíamos por una carretera federal llena de curvas. Quiero aclarar que en el clan había un grupo grande de estudiantes de medicina y algunos paramédicos que prestaban servicio en la Cruz Roja. Íbamos en tres coches cuando, a unos cincuenta metros adelante de nosotros, se salió de la carretera hacia una barranca una camioneta llena de gente. Nos detuvimos inmediatamente, salieron los botiquines y yo tomé los santos óleos, dispuestos a prestar un verdadero servicio rover.

Pero qué desilusión. Nos bajamos de los coches, llegamos al lugar del accidente esperando ver, al menos, heridos: quienes se habían ido a la barranca subían sin un rasguño, ya no se diga una fractura o algo más. Estuvimos con ellos un rato, nos subimos a los coches y volvimos a la ciudad. Al siguiente Consejo de Clan, medio en broma, medio en serio les dije que les había visto una cara de frustración, al no haber encontrado heridos. Pero uno de los muchachos me contestó:

—Lástima que no había un espejo, para que te vieras la cara; tú también estabas frustrado.

Y, olvidándonos del hecho, seguimos con la evaluación.

Escultismo light

No cabe duda que las modas cambian, y no me refiero sólo a la forma de vestir, sino a todo lo que hacemos y nos rodea. Veámoslo desde el punto de vista arquitectónico: nos basta observar las casas coloniales conservadas en muchas ciudades de la República —lo mismo puedo decir de las casas de fines del siglo XIX, las de los años cuarenta del siglo pasado o las actuales—, para percatarnos que fueron construidas en

conformidad con una moda. Y lo que he dicho de la arquitectura igual podemos aplicarlo con la música, pintura y cualquier cosa. Así, cualquier época podemos describirla, aunque sea superficialmente, por la moda vigente en ese momento de la historia; así, al ver los trajes, escuchar la música, contemplar las obras de arte, etc., podemos saber a qué momento de la humanidad nos enfrentamos.

Podemos describir la actualidad por la moda en el vestir, en la música transmitida por la radio, el arte que se produce, el lenguaje hablado en cada una de las naciones, etc., pero también por los productos llamamos *light*, de los que hay de todo: azúcar, pan, refrescos y hasta chicharrones. Me temo que muchas personas no estarán de acuerdo con la definición que hago sobre dichos productos. Para mí, los chicharrones *light* son algo que se dice que saben y tienen la apariencia de chicharrones, sin serlo; sin embargo, hay quienes los consumen porque, según se dice, no producen el daño a la salud que causan los auténticos chicharrones de puerco.

Y otro tanto puedo decir de los demás productos denominados *light*; pero soy mal pensado, y quiero suponer que hay quienes los consumen por estar de moda. Pero estos productos tienen otro efecto: si tomo sal *light* no fijo el agua en mi organismo porque no consumo sodio; si quiero subir mi presión arterial y bebo un refresco *light*, no la subiré porque esta bebida no tiene glucosa, etc. Son productos que parecen ser iguales a los normales, pero sin los efectos de los originales.

No sólo en México sino en muchas partes del mundo, podemos encontrar lo que llamo escultismo *light*; o, lo que es lo mismo, algo que parece escultismo, pero es cualquier cosa menos eso. Los que lo practican llevan uniforme scout, se dividen en secciones reuniéndose cada semana, portan una pañoleta y escudo de grupo como cualquier scout, así como su credencial del año. En resumen, parecen scouts sin serlo.

No somos scouts sólo por nuestra apariencia exterior. Si bien cada asociación tiene un uniforme, flor de lis, secciones y planes de adelanto diversos, esto no basta para hacerlos scouts; para ello se necesita algo interno que realmente las convierte en tales.

En la Conferencia Mundial de Montreal de 1977, se planteó la posibilidad de un escultismo con dos variantes de promesa scout: una para quienes tenían fe en Dios y otra para los ateos; esta disyuntiva se dio en el contexto de la discusión de los principios scouts. El argumento manejado fue que la juventud de muchos países era prácticamente atea, y que para beneficiarla con el escultismo debía aceptársele en tales condiciones. Aquella fue la primera vez en mi vida que oí defender en público lo que he llamado escultismo *light*. Al final, los asistentes acordamos que no podía haber un escultismo ausente de los deberes para con Dios, ya que lo reduciría a un club excursionista, una reunión de amigos o algo por el estilo.

En la constitución mundial del movimiento scout, aparece la definición de los principios scouts, a su vez incluida en los estatutos de la Asociación de Scouts de México, que a continuación trascribo en lo referido a los «Deberes para con Dios»: «Adhesión a principios espirituales, lealtad a la religión que los expresa, y aceptación de los deberes que derivan de ella». El texto es claro; sin embargo, cuando se hace la solicitud para el registro como miembro de la Asociación, todos asientan pertenecer a una religión determinada, porque saben que de lo contrario será rechazada su solicitud. Aquí me pregunto: ¿en realidad practican una religión o sólo dicen pertenecer a ella?

Al decir lo anterior, me refiero a los scouters y dirigentes. Si el escultismo pretende la formación integral de los muchachos, debe suponerse que, especialmente los scouters, deben dar a los muchachos la oportunidad de llegar a este ideal, algo imposible de lograr si ellos mismos no profe-

san una religión. Esto no lo digo sólo como sacerdote católico, sino como dirigente scout. Practicar un escultismo *light* es hacer cualquier cosa, menos escultismo.

Quisiera tomar el ejemplo de las juventudes nazis creadas por Adolfo Hitler; estos muchachos usaban un uniforme parecido al scout, con una pañoleta como la de cualquier scout; realizaban actividades al aire libre organizados como tropas scouts, pero no eran tales al carecer de los respectivos principios.

Creo que engañamos a los muchachos que tenemos en nuestras secciones si los hacemos creer que son scouts, si no les proporcionamos un programa scout fundamentado en los principios scouts. No por el hecho de hacer la promesa scout en la que repiten «Yo prometo… cumplir mis deberes para con Dios», les damos verdadero escultismo. Repito, el escultismo *light* no es verdadero escultismo; por otra parte, debemos entenderlo como un reto para lograr que los principios no sean sólo unas líneas en los estatutos, una oración al inicio y término de una reunión, ni una parte de los honores a la bandera, sino una verdadera vivencia en los dirigentes y scouters que transmitan a los muchachos que integran las filas del movimiento scout.

Los cambios en el escultismo se han dado a lo largo de los años, iniciándolos el mismo Baden-Powell: su idea original era un programa para las tropas de scouts, luego ampliada a los lobatos, rovers, scouts marinos, etc. Más aún, los uniformes han variado conforme a los climas y otras circunstancias, lo mismo que los planes de adelanto aplicados a través de los años en diversas asociaciones, etc. Éstos y otros cambios se dieron no sólo por ser convenientes, sino necesarios. Pero cambiar los fundamentos del escultismo es algo que no puede hacerse porque sería cambiar la esencia del escultismo.

Quiero terminar con una frase que siempre me ha gustado mucho. El contexto es el siguiente: algunos inte-

grantes de una organización pretendían hacer unos cambios que afectaban su esencia, contra los que alguien dijo: «Sean como son, o mejor no sean». Si pretendo cambiar el escultismo por un escultismo *light*, mejor sería hacer otra cosa y no llamarle escultismo; éste, así es, y si alguien quiere inventar otra cosa, que lo llame de otra forma.

León Viejo

No hablaré de la triste suerte de los leones viejos en las sabanas africanas, ni de sus pobres congéneres, todavía más viejos que los cerros, que vemos en los circos; ni de los leones de los zoológicos de cualquier ciudad del mundo o, lo que es lo mismo, no pienso hablar de aquel animal que llamamos *El rey de la selva*, sino de una persona que en los scouts de México se llamó *León Viejo*.

Este personaje era un gran amigo de todos los scouts. En los años cuarenta y principios de los cincuenta era común que los scouters y dirigentes usaran lo que se llamaba «nombre de guerra» o, lo que es lo mismo, su nombre scout de patrulla u otro inventado, y aunque *León Viejo* había sido scout durante los primeros años del escultismo en su patria, Inglaterra, aquí conservó su nombre de patrulla, o bien se inventó aquel nombre; francamente, no lo sé.

En aquella no muy lejana época, era frecuente que los grupos scouts de la ciudad de México nos reuniéramos algunas veces durante el año; era obligado el Día de San Jorge, cuando asistíamos a misa en alguna iglesia del centro, seguida de un desayuno pagado por el jefe scout nacional, y rematado con actividades en algún parque cerrado de la ciudad. A estas reuniones llegábamos las manadas, tropas y clanes de todos los grupos, y algunos otros de localidades vecinas, así como quienes en aquella época llamábamos «comisarios», hoy conocidos como comisionados; y, desde luego, los miembros del Consejo Nacional.

Otras veces, se realizaban diversas competencias o revistas de uniformes en el campo, o fogatas en el local de algún grupo; especial relieve tenía la cena de aniversario de la Asociación de Scouts de México, conmemorada entonces el primero de noviembre, fecha de las primeras promesas de los grupos de la ciudad de México, cuando se realizaba una cena formal con discursos, recitales de poesía y representaciones teatrales.

Para asistir a alguno de esos eventos, los miembros del grupo scout donde yo estaba nos reuníamos en el local del grupo, realizándose una revista a fondo de los uniformes antes de salir, empezando por el jefe de grupo y acabando con el último de los integrantes nuevos. Una cosa que se exigía mucho era que el sombrero de cuatro pedradas estuviera muy bien planchado, para lo cual solíamos humedecerlo con agua azucarada y, luego, colocarlo bajo una pila de libros, para que el ala quedara rígida; desde luego hay que aclarar que el uso del sombrero era obligatorio, al formar parte esencial del uniforme. Otra prenda obligatoria era el bordón scout o la horquilla rover; un scout o un rover sin ellas estaba «a medio uniformar» o «medio desnudo». Había bordones y horquillas que eran una maravilla: resistentes, bien labrados, pirograbados o pintados.

Y aunque todos estábamos con el uniforme lo más correcto posible, los miembros del Consejo Nacional los dividíamos en tres grupos: quienes nunca se ponían el uniforme y llegaban de saco, chaleco, corbata y sombrero de calle; otros que usaban un uniforme verde de pantalón corto, con guerrera cerrada, cinturón del mismo color y sombrero scout; y un tercer grupo, que usaban el uniforme igual al nuestro. A este último pertenecían sólo tres personas, entre ellos nuestro amigo *León Viejo*.

Era curioso que los diversos grupos scouts asistentes a estas reuniones, ya tuvieran su lugar asignado fuera en la iglesia, parque o campo; allí nos colocábamos las manadas y

tropas, mientras los clanes solían reunirse en un grupo compacto por ser todos amigos o, al menos, llevarse bien, y en parte por ser los responsables de las actividades. Las tropas, por lo contrario, veíamos a los «odiosos» de tal grupo —los que nos habían ganado en cierta competencia—, a los «idiotas» de tal otro —quienes no habían podido despuntar en otra— y así los demás.

Los miembros del Consejo Nacional «formaban rancho aparte»; bueno, no todos. En realidad, *León Viejo*, aquel amigo de todos, procuraba platicar con las manadas y tropas, y nos gustaba que fuera a reunirse con nosotros —y al decir nosotros, quiero decir sin importar el grupo—, resultándonos a todos los scouts de aquella época agradable su compañía. Que los consejeros nacionales se separaran de los demás participantes obedecía al hecho que, para ellos, había un lugar donde podían ver las actividades, cómodamente sentados. Los scouts, que éramos niños bien educados, saludábamos a algún consejero conocido, quien con gran amabilidad nos contestaba el saludo, preguntándonos por nuestra familia.

León Viejo poseía muy buena técnica scout. Me acuerdo que durante una competencia de construcciones nos enseñó a hacer amarres limpios y resistentes, en otra nos dio consejos de cómo seguir una pista, y en otra más me explicó cómo usar el silbato para trasmitir en forma nítida mensajes con la clave morse. Pero, creo que lo que más nos gustaba de él era que irradiaba auténtico espíritu scout. No había fiesta de grupo a la que *León Viejo* no fuera invitado para alegría de los chiquillos, quienes lo veíamos llegar con su uniforme impecable y siempre dispuesto a platicar y enseñarnos cualquier cosa. Ahora pienso que bien podemos decir que «más sabe el diablo por viejo, que por diablo».

¿Cómo era la apariencia física de *León Viejo*? Pues desde que lo conocí, en 1944, era ya, como su nombre lo indica, un viejo, o por lo menos así nos lo parecía a todos. ¿De qué edad?, no lo sé. Lo recuerdo con el pelo abundante y blanco,

cara redonda y anteojos gruesos, de estatura no muy alta, complexión robusta y fuerte, siempre sonriente, y dispuesto a hacer y recibir bromas de los demás, en especial por el mal castellano que pronunciaba. Yo prefería hablar con él en inglés, por el delicioso acento británico que tenía, lo que me hacía recordar las pocas películas inglesas que había visto el cine (en las americanas escuchabas un inglés mal hablado).

León Viejo ocupó muchos puestos a nivel provincia y nacional, pero, no sé por qué, un día abandonó el escultismo, disgustado con los scouts, cuando por años había sido su vida. Muchos de nosotros sentimos su decisión y el no verlo más en las actividades a las que solía asistir. Muchas veces en la Asociación de Scouts de México olvidamos a quienes tanto han hecho por ella.

Sin embargo, cuando alguno de sus amigos lo llamaba para invitarlo a alguna actividad, y después de decir que no y rugir como vil león, acababa por aceptar y volver a trasmitirnos el espíritu que por años lo caracterizó. Yo lo invité a mi investidura rover, y después de decir que no iría por estar harto de los scouts, acabó por aceptar y obsequiarme muchas insignias antiguas que conservaba como trofeo de sus años en activo. Durante la investidura y la cena pareció olvidarse de sus resentimientos contra los scouts, y volvió a ser el mismo de antes: alegre y con aquel contagioso espíritu scout.

Durante toda mi vida scout he añorado volver a encontrar en la Asociación a alguno de esos «leones viejos» que nos brinden sus conocimientos, inspiración y sabiduría para ser mejores scouts, conservando en mi mente y corazón todo lo que *León Viejo* me dio e inspiró. Ojalá yo también pueda trasmitirlo a los demás.

Quise escribir algunos breves recuerdos de este modelo de verdadero scout, como un homenaje a quien tanto nos dio a muchos de los que fuimos scouts en aquellos años y conocimos al gran *León Viejo*.

Baden-Powell decía que no le gustaba estudiar historia —a muchos de nosotros también nos aburre memorizar una lista interminable de guerras, reyes, personajes ilustres y muchas otras cosas a las que no les damos valor alguno— pero, continúa, le empezó a gustar desde que comenzó a leer las biografías de hombres ilustres, procurando extraer de cada una de ellas enseñanzas para la vida. Buena idea para estudiar la historia, pero yo quisiera corregir a nuestro fundador.

Yo creo que la historia es la vida de todos los hombres que han habitado este planeta, tanto la del gran general que venció al enemigo, la del compositor musical cuya música trascendió como la de quien sus composiciones se perdieron; es la historia del policía que aprendió a un criminal como la de quien fue o es narcotraficante; la de quien salió de la nada y llegó a amasar una gran fortuna como de todos aquellos cuyas tumbas permanecen olvidadas en los cementerios. Todo hombre que pasa por el mundo deja su huella, para bien o para mal, y la suma de todas esas historias da por resultado al mundo actual.

Dejemos las biografías y vayamos a las autobiografías, las cuales divido en dos grupos: las escritas a petición o forzados por otras personas, y las elaboradas por voluntad propia. No pretendo juzgar a nadie, pero esto me da idea —y repito, me da idea—, que es un signo de vanidad: escribo para que los demás aprendan de mí, y para sacar algún dinero con la venta del libro, el cual nunca cae mal.

Aclarado lo anterior, procedo a responder una pregunta que muchas veces me han hecho (y también yo mismo): ¿por qué eres scout? No trato de hacer mi autobiografía, sino narrar aquellos momentos de mi vida que me hacen seguir activo dentro del escultismo hasta que el Señor me llame al «campo del reposo y de la dicha». Lo he dicho muchas veces, quiero morir con el uniforme y los ornamentos sacerdotales

puestos, los cuales representan los dos amores de mi vida. Dividamos esta historia en varias escenas, como si fuera una obra de teatro.

Primer acto: lobato. Yo estudiaba en cuarto año de primaria y, un día, nos dieron el aviso que los que quisieran ser scouts se presentaran a la salida de la tarde en un salón determinado. Allí estaban dos estudiantes de la preparatoria del colegio que se identificaron como jefes del grupo donde formaríamos parte de su segunda tropa; creo que tuvimos unas tres juntas y una excursión cuando la dieron por terminada, invitándonos a incorporarnos a la primera y ahora única tropa del grupo. Acudimos a la nueva cita sólo unos seis o siete niños, pero como todos éramos de cuarto de primaria para abajo, decidieron formar una manada.

No sé cómo eran las manadas de aquellos días, por lo que hablaré de la de mi grupo: en primer lugar, no se llamaban así, sino jaurías, cuyo jefe tenía el título de capitán de jauría. Había dos seisenas, y yo era el seisenero de la roja. Teníamos tres juntas por semana: la de jauría, la de grupo y la de seisena, en nuestro local propio. ¿Qué hacíamos en las juntas de grupo?, no me acuerdo, pero asistían todos sus integrantes al local de la tropa. Las de seisena eran los sábados, y ahí hacíamos improvisadas obras de teatro y nos gustaba mojarnos con la manguera utilizada para regar el jardín. No sé qué aprendimos, pero nos divertimos mucho y fui un lobato feliz, aunque creo que en realidad éramos una especie de tropa chiquita.

Segundo acto: scout. Al pasar a la tropa fui a dar a la patrulla Panteras, de donde nunca pasé de tercer scout; el guía y el subguía eran muy exigentes y me enseñaron muchas cosas de técnica y espíritu scout. Al poco tiempo pasé a ser guía de las Águilas la cual, de tener tres integrantes se incrementaron a quince en cuestión de diez meses, al grado que tuve que dividirla en dos. Fue otra época feliz en mi vida. Salíamos con mucha frecuencia al campo, a caminar o acampar; creo

que nunca fuimos grandes técnicos, pero teníamos un gran espíritu scout. Los scouts viejos de la tropa jalaban a los que empezaban y así el espíritu se mantenía en alto.

Tercer acto: rover y scouter. A los quince años empecé a ser jefe de tropa; en este grupo recibí la investidura rover y, poco después, me cambié de clan y grupo, donde también fui jefe de tropa y llegué a tener cinco patrullas con mucha tradición, así como una Corte de Honor que funcionaba muy bien, al grado que mi trabajo se veía muy aligerado. Otra vez puedo decir que fui feliz.

Cuarto acto: sotana y camisola. Éste es el momento donde entro al noviciado de la Compañía de Jesús, para iniciar los estudios clásicos, a los que más tarde sumaría la filosofía y la teología, sin dejar nunca los scouts: en cuanto pude fui subjefe de tropa y asociado por el nivel nacional. Si bien ser jesuita me hacía ser feliz, no quise dejar el escultismo, donde igual podía proyectarme como jesuita y sacerdote.

Ya ordenado sacerdote, fui jefe de clan, una nueva experiencia. El clan del que estuve a cargo no escaló grandes montañas ni descendió ríos turbulentos, pero estoy convencido que fue muy buen clan: lo veo por lo que actualmente son los rovers de aquellos años, que vuelvo a encontrar convertidos en hombres de provecho. El escultismo logró su objetivo y esto me hace feliz.

Quinto acto: el adiestramiento/ formación. En esta época tomé el curso de Insignia de Madera y, al poco tiempo, empecé a trabajar en adiestramiento; poco después, asistí al Curso Nacional de Adiestradores y, pasado el tiempo, el Curso Internacional Adiestrando al Equipo. Para mí, el adiestramiento —o, como ahora se denomina, formación— tiene un valor multiplicativo. Como jefe de tropa tenía unos cuarenta scouts, como jefe de clan eran como quince; a todos ellos los ayudé a formarse como hombres realizados. Pero en un curso de adiestramiento, donde hay más de un centenar de participantes, entre scouters y dirigentes, uno tiene la oportunidad

de ayudarlos a ser mejores scouts, quienes a su vez podrán ayudar a una multitud de muchachos a alcanzar el objetivo del escultismo. Lograr esto me hace feliz.

Epílogo. ¿Por qué a la fecha soy scout? He dicho que he sido feliz en el escultismo desde que hice mi Promesa, el 23 de abril de 1944; he sido feliz al caminar por los bosques, subir cerros y montañas, escuchar el sonido de los arroyos, ríos y cascadas, el canto de los pájaros e insectos; admirar una noche con el cielo estrellado, caminar en el bosque a la luz de la luna, sentir lo mismo el agua de un aguacero torrencial que el sol a plomo. He sido feliz al cocinar en una fogata, dormir en una tienda de campaña o en un refugio elaborado con ramas de árbol. Fui feliz porque mis jefes me enseñaron a ser scout, enseñándome lo que son los deberes para con Dios, la patria y conmigo mismo; creo que, si actualmente soy jesuita y sacerdote, se lo debo a lo aprendido en los scouts.

Pero ¿por qué sigo siendo scout? Porque pretendo, mediante la formación de los jefes de los muchachos que están en las secciones, que ellos sean felices como yo lo soy desde hace muchos años. Porque sigo viendo en las calles de las ciudades y en el campo una gran multitud de muchachos que vagan por la vida sin los valores que puede darles el escultismo; muchachos que necesitan de los scouts y no saben que necesitan ser scouts para ser alguien en la vida. Hace poco, no recuerdo quién decía que el mundo actual necesita de los valores, pero que este no sabe que necesita de ellos. Parece que todo lo queremos arreglar con la violencia, el odio, la lucha de clases o la lucha armada. Y vuelvo con una idea que se me ha clavado en la mente: si hubiera más scouts, el mundo sería distinto.

Por desgracia, todavía no se inventa una máquina del tiempo que permita volver al pasado. Ya no tengo la condición física para volver a ser jefe de tropa o clan, lo que me haría feliz, pero creo tener la experiencia y vivencias necesarias para trasmitir lo que es el escultismo, con todas sus

consecuencias, en la formación de los dirigentes y scouters. Por eso quiero seguir trabajando en esa línea, y espero hacerlo mientras el Señor me dé fuerzas, aunque veo que estas disminuyen día a día; ojalá las conserve para continuar sirviendo a mis hermanos scouts, por el bien de la Asociación, la religión y la patria.

Todos somos adiestradores

Ya sé que actualmente hablamos de formadores y no de adiestradores, pero la frase que titula esta reflexión proviene de un antiguo dirigente de la Asociación, gran amigo mío, por desgracia hoy inactivo.

Hace algunos años, estábamos en Meztitla en una reunión de adiestradores, donde alguno de los presentes sacó la idea que los allí reunidos éramos, como quien dice, «la crema y nata de la Asociación»; que debíamos tomar ésta en nuestras manos para imprimirle la calidad de los allí reunidos, ya que la dirigencia de aquel momento era mediocre; en resumidas cuentas, que nosotros éramos unos semidioses o iluminados de Baden-Powell. Ciertamente exagero la tesis sentada en dicha reunión, pero la idea era ésa. Me recordó lo que dijo un asociado en una Asamblea Nacional de los años cuarenta, durante una discusión donde él, como súbdito de Su Majestad Británica, sostenía un solitario punto de vista que resultó contrario a la votación respectiva, luego de la cual expresó: «Por desgracia, no todos los que estamos aquí somos anglosajones», arrancando la risa de los demás presentes.

Volviendo a la reunión de Meztitla, todos nos quedamos fríos ante aquel acto de soberbia. El primero en tomar la palabra para responder a lo que se acababa de decir fue mi amigo, quien le dijo: «Creo que en la Asociación todos somos adiestradores». No se abundó más sobre el punto y seguimos adelante según lo programado.

Esa frase me ha hecho pensar mucho. Parece que la palabra «adiestrador» se toma como una palabra unívoca, sinónimo de iluminado de Baden-Powell, quien hace el favor de comunicar su sabiduría a unos pobres mortales que asisten a un curso donde recibirán su sapiencia, con la esperanza de captar algo de lo que generosamente les será brindado. Y aquí está el primer error: el color de la pañoleta de Gilwell indica la humildad de quien la porta, y la Insignia de Madera, tenga dos o tres o cuatro maderos, no es una condecoración a los conocimientos adquiridos por su propietario en cursos a los que ha asistido; ésta tiene un peso que representa el servicio que prestará a la Asociación y a la sociedad en general.

He dicho que la palabra adiestrador o, como diríamos ahora, formador, no la debemos tomar como una palabra unívoca. Muchas veces pensamos que un adiestrador es alguien con Insignia de Madera, quien ha tomado los cursos para poder llegar a ser un adiestrador. Para mí un adiestrador es aquel que sabe trasmitir a otros lo que es el escultismo, el cual no es una ciencia de acampado, excursionismo, primeros auxilios o formación religiosa, sino una forma de ver y vivir la vida planteada en los principios scouts, como los definen los estatutos de la Asociación. El escultismo es la vivencia de la promesa scout.

Un adiestrador, en mi concepción, no es un maestro de escuela o profesor universitario, ya que ordinariamente éstos solamente pretenden trasmitir conocimientos o habilidades; así, un profesor de geografía o química orgánica pretende que sus alumnos dominen los conocimientos que enseña en su clase o laboratorio, mientras un profesor de dibujo pretende que sus alumnos logren dibujar de tal manera que les sea útil en su vida; ciertamente no podemos decir que no trasmitan valores, pero si se revisan los planes de estudio escolares, el acento de la docencia está puesto en los conocimientos y aptitudes.

En el escultismo, si bien trasmitimos conocimientos y aptitudes también, lo más importante es la transmisión de los valores contenidos en los principios scouts, los cuales se expresan en la ley scout. Si en un curso formal se pretende enseñar a los participantes lo que es el programa scout, esto no se hace en un salón de escuela, sino mediante la vivencia del mismo.

Es importante recordar que, mediante el programa, basado en los principios, se pretende conseguir el objeto de la Asociación, también definido en los estatutos de la misma. Los conocimientos son el medio para conseguir vivir los valores scouts: si en un curso formal se pretende enseñar a prender una fogata, cocinar sin utensilios o a hacer amarres, estas aptitudes son para alcanzar los valores del escultismo.

En este sentido, y en orden de edades, el primer adiestrador que existe en la Asociación es el guía de patrulla, quien adiestra a los muchachos a su cargo en el arte del campismo, primeros auxilios y conocimiento del escultismo, pero de manera especial los prepara para que expresen su compromiso al momento de realizar su promesa scout, y que a partir de aquí sigan trabajando, por sí mismos y con la ayuda de sus scouters y dirigentes, para llegar a ser auténticos scouts que vivan los principios y logren ser hombres realizados, verdaderos scouts.

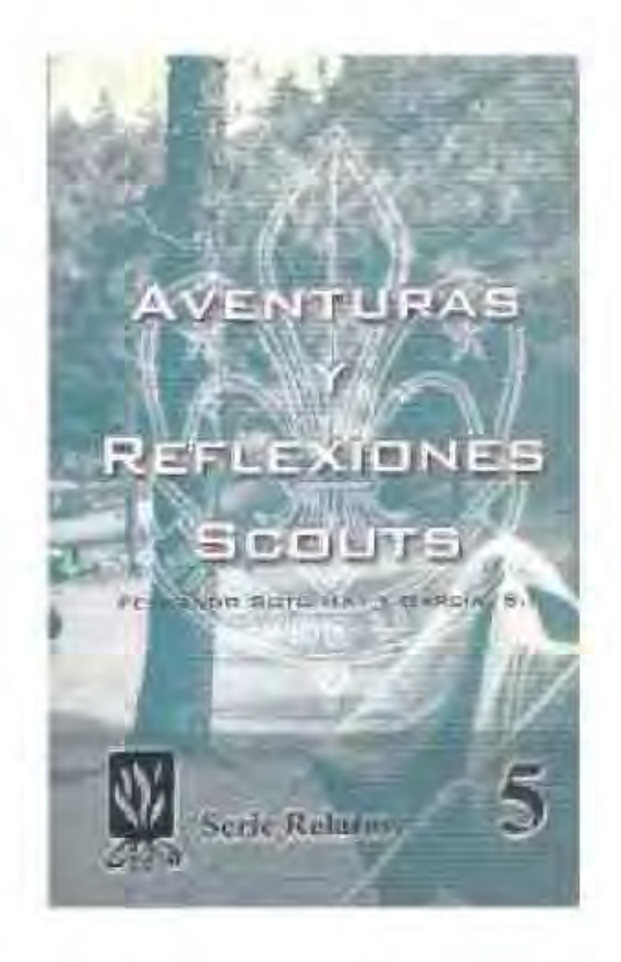
Y si esto se dice del guía de patrulla, lo mismo debe decirse de un scouter con la responsabilidad de lograr que los muchachos de su sección sean scouts en el sentido pleno de la palabra; si no consigue esto, aunque los haga grandes escaladores, navegantes, acampadores o lo que sea, habrá fracasado. Por desgracia, aquí suele fallarse mucho. Hay scouters que no han entendido que su misión es ayudar a que los muchachos sean lo que es el ideal del scout, y que las actividades realizadas, en la ciudad o el campo, no son más que medios para lograr lo que pretende el escultismo. Un

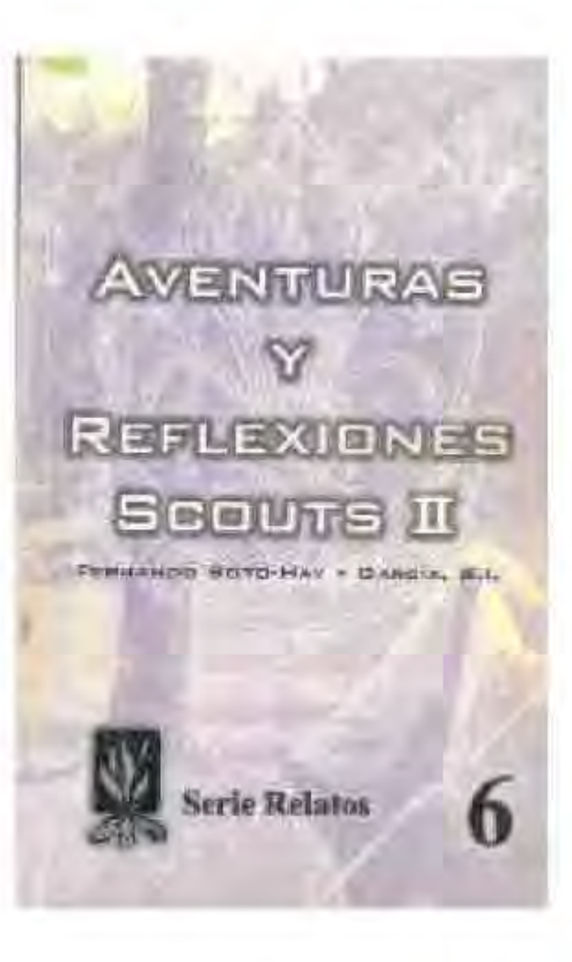
buen scouter es un adiestrador de sus muchachos y de los demás scouters de su sección.

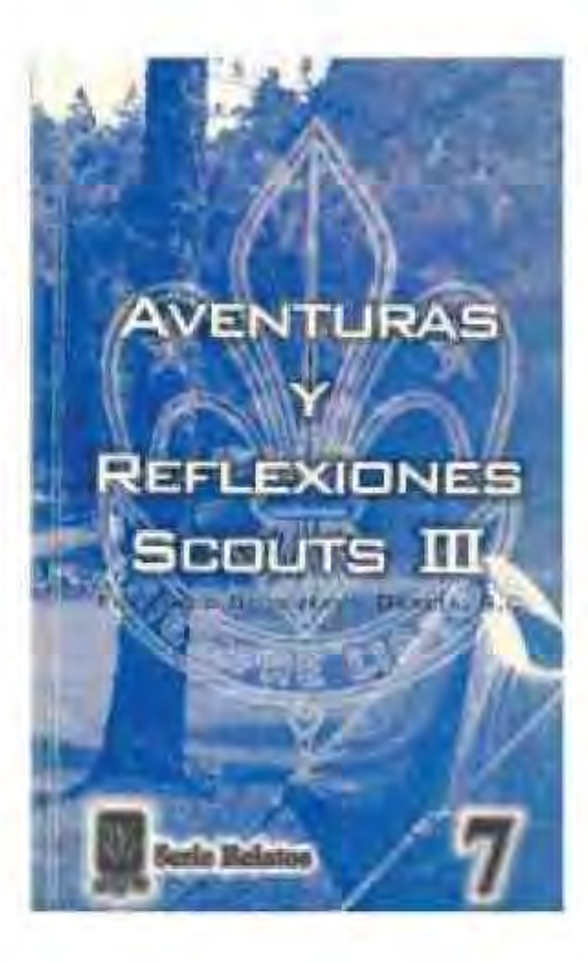
Dejemos a los scouters y vayamos con los dirigentes. La estructura la Asociación está concebida, aunque con frecuencia no se entienda y no funcione así, para que cada uno de los muchachos viva el escultismo, y no para que realice actividades que bien podrían tener en una asociación, grupo de excursionistas u otro que pretenda una formación espiritual, o de una organización que pretenda formar paramédicos o cualquier otra que no trasmita los valores del escultismo. En esta línea, los dirigentes deben preparase a sí mismos y adiestrar a los scouters y padres de familia para cumplir con su misión.

Si existe el adiestramiento formal en los cursos de Insignia de Madera o cualquier otro curso, es para proporcionar a los scouters y dirigentes la vivencia del escultismo. Baden-Powell refiriéndose a esto, decía que «en el curso los scouters viven en una semana lo que ellos deben de hacer vivir a los muchachos durante su estancia en la tropa»; cuando decía esta frase, todavía no se habían creado las demás secciones.

Quiero destacar las palabras «hacer vivir»; para que alguien quiera hacer vivir algo a otro, se necesita primero vivirlo él mismo. De lo dicho se deduce que el propio adiestramiento formal no debe ser una simple transmisión de conocimientos, sino la transmisión de una vivencia, para que quien haya cursado dicho adiestramiento sea capaz de vivirla y proyectarla a los demás. Éste es otro sentido de lo dicho al principio: todos somos adiestradores. Y si en la medida de nuestras fuerzas no lo hacemos, estamos fallando a nuestra vocación de scouts.







De Rema tu propia canoa

Nos encontramos con el penúltimo de los muchos libros escritos por Baden-Powell. La primera edición vio la luz en Londres, en 1939, cuando el fundador contaba con ochenta y dos años de edad y vivía retirado en Kenia.

Al llegar allá, durante los primeros fríos de aquel invierno —para ser exactos, el 27 de octubre de 1938—, Baden-Powell y su esposa Olave se habían embarcado para pasar el invierno en Nyeri, a la vista del monte Kenia. El clima inglés no era apropiado para la salud del fundador, por lo que compraría una pequeña propiedad a la que quiso darle, también (en inglés, *too*), el nombre de Pax, como su hogar en el Reino Unido: Pax Hill; por lo que este nuevo hogar se llamó Paxtu. Aquí pasará en familia, y lejos de la Segunda Guerra Mundial, iniciada el primero de septiembre de 1939, los últimos días de su vida, y será aquí donde le sorprenderá la muerte, el 8 de enero de 1941.

En este ambiente escribe el presente libro, otro más de los que no tratan lo que llamamos, hoy en día, programa scout, sino que sólo pretende dar consejos para la vida a los muchachos que se encuentran en el Movimiento, sin que

pueda negarse que también resulte útil para los muchachos que no pertenecen al escultismo.

Por otra parte, se nota a lo largo del presente libro la preocupación de Baden-Powell porque los muchachos estén preparados para servir a su patria para la guerra, que se vislumbra como algo inminente; sin embargo, los consejos dados en tal tenor pueden leerse como la preparación necesaria por todo muchacho, para cualquier contingencia en que pueda encontrarse durante los días de paz.

Es muy importante hacer notar que este libro hay que saberlo leer, al estar escrito especialmente para los muchachos ingleses que son scouts, por lo que, al traducirlo, tuve la tentación de «adaptarlo» para los scouts o los muchachos mexicanos en general. Preferí dejarlo tal cual había salido de la pluma del fundador, sin hacerle ningún cambio ni adaptación.

No cabe duda que este libro resulta motivador para buscar la propia formación. Ya desde el título nos recuerda la filosofía aparecida en *Roverismo hacia el éxito*: saber evitar los «escollos» encontrados a lo largo del «río de la vida», para salir triunfante en ella. Remar tu propia canoa, valerse por sí mismo, estar preparado para ayudar a quien lo necesite en cualquier momento, y hacerlo sin interés de recompensa alguna para, así, ser un triunfador en la vida.

Antes de terminar con la presentación de este libro, quisiera agradecer a dos personas que hicieron posible la primera edición en español de *Rema tu propia canoa*: en primer lugar, a William Hillcourt, que de Dios goce al plantar su tienda en el campo del reposo y de la dicha el año pasado de 1992; él fue amigo personal y gran conocedor de Baden-Powell, quien me proporcionó el original en inglés de *Paddle Your Own Canoe*. Para la traducción de la obra pude contar también, como en otras ocasiones, con la colaboración —que bien puede considerarse maestra— de la señora Guadalupe Molina de López, quien a más de dominar el idio-

ma inglés conoce el escultismo, al haber sido miembro de la Asociación de Guías de México y, más tarde, de la Asociación de Scouts de México.

Espero que la lectura del presente libro ayude a los muchachos de hoy en día a estar cada vez más preparados, para ayudar a los demás en las diversas contingencias que pueden presentarse a lo largo de la vida.

De Rover scouts, lo que son… lo que hacen

Este librito contiene dos de los escasos escritos de Baden-Powell sobre roverismo.

El primero, que se presenta por sí mismo, es una breve y clara nota manuscrita a lápiz, de puño y letra del fundador, que me fue obsequiada por mi gran amigo Bill Hillcourt (RIP). La nota resulta obvia: se ha reunido, en lo que llama el escrito, una conferencia, dirigida a un grupo de jefes de clan del Reino Unido y otras partes del mundo, para estudiar los problemas de roverismo en general.

Por lo que aquí puede leerse, la asociación inglesa ha tenido ciertas dificultades con los rovers que, al parecer, habían caído en una especie de idealismo que no los conducía a nada sano. Ellos, dice la nota, «tienen la cabeza en las nubes», sin tener «los pies en las rocas». Pero la situación ha cambiado, por lo que Baden-Powell les hace una serie de recomendaciones que tienen, aún hoy en día, verdadera vigencia. Vale la pena fijarse en la última parte del escrito, para hacer una reflexión sobre tales puntos, sobre la forma como se lleva el roverismo actualmente en México o cualquier otro país.

Esta breve nota nos habla en forma indirecta de la historia del roverismo, entonces a diez años de su fundación como sección, y que nunca había sido publicada. Sin duda, fue leída por alguien en la conferencia, aunque nunca vio la luz pública.

El segundo texto, otro obsequio de Bill Hillcourt, es un folleto escrito por Baden-Powell no sólo para los rovers, sino para quienes pretenden entrar a dicha sección scout, o para quienes pretenden formar un clan, donde no existen. Estamos, pues, ante uno de los libros escritos por el fundador llamamos, hoy en día, «sobre el programa scout», el único escrito para los rovers; un libro que puede considerarse paralelo a *Escultismo para muchachos* o al *Manual de lobatos*.

Este breve folleto hay que tomarlo como un documento histórico; no es un libro que pueda o deba aplicarse al pie de la letra en la actualidad. Pero debe ser un documento de reflexión. Por ser un documento histórico, debemos leerlo y en la lectura pensar en la situación del roverismo durante el año de su publicación en el Reino Unido (1932), así como la problemática que afronta y cómo se dan soluciones antes tales problemas.

El roverismo se inicia al volver a su patria todos aquellos muchachos que se ausentaron del escultismo durante la Primera Guerra Mundial, al haber prestado servicio en filas.

Para aquellos muchachos, la tropa ya no les ofrecía un programa atractivo, y no es posible que convivan en la misma sección donde están sus hermanos menores, los scouts, con otros intereses; más aún, la formación para tales muchachos mayores debía ser diversa, por lo que Baden-Powell adapta el programa scout para los muchachos mayores a los dieciocho años. Pero lo que resulta curioso es que no pone un límite superior a la edad de los rovers, por lo que los clanes empiezan a llenarse de «viejos» que «tienen la cabeza en las nubes».

En la primera idea sobre la organización de los rovers, fueron organizados en patrullas, igual que los scouts. Así

aparece en el organigrama de la tropa —que, en este contexto, es el grupo scout—, presentado en la edición de 1927 de *Escultismo para muchachos*, aunque en su edición de 1935 ya aparezca el clan como otra de las secciones del grupo scout. Cuando se dio dicho cambio, no lo sé.

Por otra parte, conviene estudiar la terminología usada por el fundador para la nueva sección, tal como aparece en el libro:

Rover: en una traducción literal es un «vagabundo», aunque puede tener un sentido más peyorativo, al poder traducirse, también, como una especie de pandillero. Creo que la idea de Baden-Powell al llamar a los muchachos de esta sección como rover scouts, no debe tomarse como una clasificación, de tal manera que pueda llamárseles «exploradores vagabundos», su traducción literal, sino como quienes son scouts —y lo que es ser scout lo describe Baden-Powell en muchos de sus libros—, y quienes son los «aventureros» que se trazan retos y los llevan a cabo, hasta con el tipo de actividades sugeridas en el presente libro, para que pueda comprobarse esta tesis.

Clan: no es la palabra usada por Baden-Powell para designar a la sección diseñada para los rovers, sino que habla de *crew*, palabra que debe traducirse de manera más literal como «equipo», «tripulación», «pandilla» o algo semejante; no sé por qué adoptamos en español la palabra «clan» para nombrar a esta sección. Sin embargo, resulta importante entender el sentido de la palabra original, al hablarnos de una íntima unidad como la que posee la pandilla, y de un trabajo en conjunto característico de una tripulación o equipo, ya sea de un barco, avión o de quienes practican los llamados deportes «de equipo».

Por otra parte, los rovers no se reúnen en locales, como los llamamos hoy en día, sino en lo que se denomina un *den*, que puede traducirse como «cueva», «cuchitril», «lugar de retiro» o, también, «cuarto de estudio», con lo que aparece

mediante el uso de dicha palabra la idea que la aventura resulta algo que podemos llamar típico de los clanes; es la cueva que tienen en la ciudad para prepararse a salir a realizar lo que es propio de ellos, en el campo.

Resulta curioso notar, además, que por lo menos hasta aquella época, la organización dada por Baden-Powell a los rovers en el clan era muy semejante a la de los scouts en la tropa.

En esta línea, puede notarse que los rovers se organizan en auténticas patrullas, donde existen servicios similares a los que encontramos entre los muchachos de la edad de las tropas; que existe una especie de guía de patrulla, llamado «compañero rover», mismo que usa insignias similares a las diseñadas para el guía de patrulla de la tropa, por el mismo fundador.

Otras particularidades del roverismo de aquellos días se harán notar, mediante notas a pie de página, a lo largo de la traducción del texto.

En cualquier forma, podemos decir que, con el correr de los años, y con la experiencia obtenida por cada asociación scout nacional en particular, el roverismo ha evolucionado, adaptándose a la realidad de nuestros países y, algo muy importante: los rovers actuales pueden ser tan rovers como los que fueron aquellos de quienes nos hablan en estos dos escritos, rovers de las primeras generaciones en el Reino Unido. Porque creo que los rovers de hoy en día, de manera especial, «tienen los pies en la roca, y no la cabeza en las nubes».

De Lecciones de la Universidad de la Vida

Parece mentira que, hasta hace poco tiempo, no existiera en español biografías serias, elaboradas con carácter científico, sobre Baden-Powell. Sin embargo, no hace mucho, apareció publicada en Venezuela la traducción del inglés realizada por Federico Díaz Legorburu de *Las dos vidas de un héroe*, obra monumental de William Hillcourt. Pero la mala suerte estaba con los lectores de habla española, porque la edición se quemó, casi íntegra, en el incendio de la bodega donde se resguardaba, lista para su distribución y venta.

Ahora sale a la luz, en México, el presente libro que es la llamada «autobiografía de Baden-Powell», aunque el fundador niegue, en su prólogo, que sea eso, por lo que le da el título de *Lecciones de la Universidad de la Vida*.*

Traté en la traducción de ser fiel, lo más posible, al vocabulario y los modismos usados por Baden-Powell a lo largo de su obra; sin embargo, y una vez más, me convenzo que en las traducciones se pierde mucho de lo expresado en la lengua original. Como dicen los italianos: *Traduttore, traditore* o, lo que es lo mismo, «el traductor es un traidor»; no resulta fácil traducir los modismos, juegos de palabras y, en especial, lo que describe B-P no con palabras, sino con el corazón.

Más que una autobiografía, este libro puede considerarse bajo diversos rubros que, sumados, nos dan el total de lo que Baden-Powell quiso escribir:

1. La tesis principal del libro es que más se aprende en la vida que en la escuela; de aquí nace el título del mismo: lecciones de la Universidad de la Vida. Por lo que en los diversos capítulos nos enseña el autor cómo fue aprendiendo, cómo fue formándose a lo largo de las diversas circunstancias vividas; resulta interesante ver lo que aprende de las perso-

* En inglés, el libro se titula *Lessons from the «Varsity of Life»*. La palabra *varsity* es una forma coloquial de aludir universidad, equivalente a lo que solemos llamar «uni». La traducción portuguesa del libro usa la palabra «escuela», pero preferí dejarle el término de «universidad».

nas, de quienes fueron sus superiores y de los que eran sus iguales o inferiores. Baden-Powell tenía el corazón abierto para recibir y, por lo consiguiente, para dar lo aprendido a los demás.

2. El libro contiene una gran cantidad de anécdotas, unas conocidas otras no, que muestran su forma de pensar y actuar ante diversos acontecimientos que le tocó vivir: las «dos vidas» en las que divide el libro. Su forma de actuar enseña cómo un niño huérfano, sin dinero, de familia pobre, que no sobresalió en los estudios llega, sin pasar por las academias militares, a los grados más altos del Ejército inglés.

3. Por otra parte, en muy diversas páginas nos habla de lo que fue su vida, los éxitos y fracasos que tuvo que afrontar.

Así, Baden-Powell aparece como un hombre común y corriente, pero que llegó a ser el genio que fue debido a la actitud mostrada en cada acción que le tocó vivir, en cada momento de su larga vida. En esta línea hay que destacar la importancia que le da nuestro autor a lo que llama «el sentido común», aplicado a cada uno de los momentos en los que actuaba. Resulta fácil sacar la conclusión que si Baden-Powell llegó a ser lo que fue, es solamente por el uso de su sentido común en cada momento de su vida.

4. Pero, tal vez, lo más interesante de toda la obra, es que nos revela no sólo la vida sino, de manera muy especial, el corazón de un hombre con la sana ambición de llegar a ser alguien en la vida, y que lo logró con creces; y, por otra parte, de un hombre que pretendía hacer algo por los demás, fueran éstos los soldados con quienes le tocó convivir, o los scouts y guías que fundó para ayudar a la juventud, y para los que logró hacer algo que superó todas las expectativas planteadas por él mismo.

Para mí, este libro es el camino ideal no sólo para conocer la vida de Baden-Powell, misma que podemos conocer por otros muchos caminos, sino que nos lleva a conocer lo que él pensaba y pretendía, lo que esperaba de una idea que

tenía para ayudar a los muchachos de su patria; y que, sin saberlo, ni menos pretenderlo, llegó a ser un gran Movimiento que se ha extendido por todo el mundo, y que nosotros llamamos escultismo.

5. Por otra parte, hay una línea conductora más, aparecida a lo largo de la obra, que es la idea de la felicidad. Al escribir el presente libro, Baden-Powell, ya en el otoño de su vida, analiza qué feliz ha sido a lo largo de los años, y enseña cómo poder serlo. Si escribe una «autobiografía», no lo hace por el deseo de ser reconocido o alabado; él mismo dice que trata que sus lectores, básicamente jóvenes, sepan encontrar también el camino a la felicidad, donde se encuentren.

Al terminar de traducir el presente libro me surgió una idea que ya había visto reflejada antes en otros del mismo autor: Baden-Powell no es un fracasado en la vida, y no puede concebir que un scout lo sea. La vida es para los audaces; quien se contenta con la mediocridad será siempre un mediocre. B-P fue un audaz durante toda su vida, fuera como militar o como fundador del movimiento scout y guía, y el ser audaz lo hizo salir de la masa amorfa entre tantos que se quedaron en ella.

Al decir lo anterior, creo que debemos buscar en la lectura de esta autobiografía —que no es en sí una verdadera autobiografía, como lo indica su autor desde las primeras líneas—, la idea de que para Baden-Powell los scouters son personas que deben ser triunfadores en su vida, para ser el modelo o ejemplo que necesitan los muchachos para que ellos mismos puedan ser triunfadores del mundo, y que dejemos este mundo mejor de como lo hemos recibido. Un mediocre no puede ser scout, ni mucho menos scouter.

De Los scouts en México a través de los años

Al escribir *Los scouts en México a través de los años*, me surgieron una serie de pensamientos y sentimientos que quiero compartir con mis lectores, y que espero que también puedan tenerlos.

Lo primero que me surgió —ya lo he dicho varias veces—, es que escribir esta obra significó un reto, y a mí me gustan los retos, porque a base de ellos crecen los hombres; ciertamente, tenía algunos documentos que me servirían para poder iniciar «la historia del escultismo en México», aunque en un primer intento no sabía cuántas cosas importantes estaban perdidas: actas de asambleas y consejos nacionales, fotografías, nombres de muchos que hicieron mucho por la Asociación, y otras muchas cosas a las que no he podido llegar.

Pero gracias a los archivos personales de muchos amigos, diversas revistas en mi poder, muchas bibliotecas particulares y la mía también, gracias a muchos documentos facilitados por muchos amigos empezaron a salir datos que me ayudaron a ponerme a escribir.

Yo tenía una vaga idea de los exploradores fundados en Yucatán por el general Salvador Alvarado, pero gracias a que un buen amigo me facilitó la copia del reglamento de los mismos, pude conocerlos mejor; lo mismo me ocurrió con la fundación hecha por el señor Andrés Gómez Oreján, en Veracruz. Pero gracias a otro buen amigo que me facilitó el estatuto aprobado por la Conferencia Internacional, pude darme cuenta de lo que pretendía al establecer los exploradores; y, así mismo, la copia de la invitación a la promesa scout del primero de noviembre de 1931 de los grupos comandados por Jorge Núñez Prida me permitió conocer el lugar de la ceremonia, quienes participaron como dirigentes y los nombres de los muchachos que hicieron la Promesa, y otros mu-

chos documentos que me fueron dando una idea más clara de aquellos lejanos días, así como de los más cercanos.

Y si bien empezaron a salir nombres de personas que no conocí, también me faltaban nombres de personas que hicieron tal o cual cosa de gran importancia para esta historia, y que, por desgracia, sólo se sabe lo que hicieron, pero se desconoce quién lo hizo. Así me sucede con los grupos formados en el estado de Hidalgo, a principios del siglo veinte.

Yo hice la Promesa como lobato en el año de 1944, lo que me dio oportunidad de conocer a muchas personas más antiguas que yo; a muchas las conocí de vista, seguramente las saludé y pude cruzar dos o tres palabras con ellos en más de una ocasión, pero a otras las traté más a fondo y, al escribir, estos libros me percaté de lo mucho que hicieron por la Asociación en diversos ámbitos, lo que me ocasionó un gran gusto al saber lo que habían hecho mis amigos.

La «historia del escultismo en México» no debe circunscribirse a lo sucedido en el nivel nacional; también es importante conocer, al menos en grandes líneas, la historia de los grupos: cuándo se fundaron y quién los inició; alguna información me fue proporcionada de algunas provincias, pero quisiera tener mayor información, misma que he solicitado y que, poco a poco, me ha llegado.

Por otra parte, al terminar de escribir cada uno de los años, me formaba una idea a manera de «fotografía fija» de las personas y lo hechos narrados. Pero las fotografías fijas captan un momento y hecho, por lo que me propuse volver a leer los libros de corrido y, en esta forma, obtener una especie de «película»; algo dinámico, con movimiento, hace más real la historia del movimiento scout en México.

Tal vez se me acuse de escribir una historia «color de rosa». Hablo de lo que sucedió en una Asamblea Nacional, de quiénes fueron electos como consejeros nacionales o miembros de la Corte Nacional de Honor o la Comisión de Vigilancia; hablo de algunos campamentos nacionales, de

quién era el jefe de campo; hablo de la fundación de tal grupo, de quién era el fundador, del sucedido en tal fecha en la junta del Consejo Nacional, etc. Tampoco me importa decir que en tal campamento nacional la leche se cortaba, llovió mucho y cosas por el estilo.

Pero me he negado a escribir algunos aspectos «negros», por ejemplo, sobre los expulsados de la Asociación porque robaron dinero, hicieron tal cosa mala, etc.; ciertamente, están los archivos de la Corte Nacional de Honor, pero no quiero que se sepa algo que vaya contra la fama de quienes han salido del movimiento scout.

Al no ver las fotografías, sino la película, uno se percata que la historia del escultismo, como cualquier historia, no procede en línea recta, ascendente o descendente, sino como zigzag, con momentos de gloria y, también, negros. Momentos en los que hay un buen programa, buena formación, un Consejo Nacional activo que responde a aquel momento y, también, épocas donde al no darse tales circunstancias, la Asociación estaba a la baja.

Creo que debemos aprender de unos y otros para saber cómo actuar para el bien de la Asociación; saber cómo actuar, no imitar, porque lo que fue bueno en una época puede no serlo, incluso puede resultar malo en otros tiempos.

La historia hace sentirnos orgullosos de lo que somos; vuelvo a acudir a la historia de nuestra patria, al conocer el período indígena, el colonial, la época de la Independencia, el México independiente, la Reforma, el Porfiriato, lo que sucedió después, la Revolución, lo que siguió después de aquellos días y lo sucedido en esta época; me hace sentir que no nací ayer sino que soy fruto de ese México dinámico, de ese México que, con sus altas y bajas, hizo de mí y de todos ustedes lo que somos, y a lo que estamos llamados para hacer que nuestra patria sea cada día mejor.

Pero vengamos a la historia de la Asociación: debemos sentirnos hijos de todos esos intentos de fundar scouts en

México, desde los de Real del Monte, pasando por otros tantos hasta llegar a lo que somos. Vale la pena aprender de todos aquellos intentos que tuvieron éxito, y de aquellos que no lo lograron para poder sacar lo bueno, y sentir que somos hijos de tantos que hicieron posible lo que somos el día de hoy. Y, en especial, demos gracias al Señor por lo que somos.

Después de ver la película, quiero dar las gracias a todos aquellos cuyos nombres aparecen aquí, y también aquellos que fueron omitidos, por descuido o falta de información, por todo lo que han hecho por la Asociación, sea mucho o poco; sea algo sobresaliente, algo bien hecho o no tanto pero que, en cualquier forma, trataron de dar lo mejor de ellos mismos. Y me gustaría que cada uno de nosotros tratara de emularlos, no para que su nombre aparezca en un libro, alguna sala de la Oficina Nacional o de alguna provincia, sino para que deje huella en los muchachos que son para quienes trabajamos, aunque nuestro nombre sea olvidado.

Referencias

«La humildad del dirigente», «Siempre Listo», «En Cadillac o en nada», «Ayer subí al Popo», «Viejo uniforme», tomados de *Aventuras y reflexiones scouts*, Asociación de Scouts de México (Serie Relatos, 5), 2001.

«Mi primer campamento», «Recuerdos de Baden-Powell», «Recuerdos de investiduras rover», tomados de *Aventuras y reflexiones scouts II*, Asociación de Scouts de México (Serie Relatos, 6), 2002.

«Escultismo *ligth*», «*León Viejo*», «¿Por qué soy scout?», «Todos somos adiestradores», tomados de *Aventuras y reflexiones scouts III*, Asociación de Scouts de México (Serie Relatos, 7), 2004.

«De *Rema tu propia canoa*», tomado de la «Presentación» de la versión al castellano del libro de Baden-Powell, realizada por FS-H y G, para la Asociación de Scouts de México, 1993.

«De *Rover scouts, lo que son… lo que hacen*», tomado de la «Introducción» de la versión al castellano del libro de Baden-Powell, realizada por FS-H y G, para la Asociación de Scouts de México, 1995.

«De *Lecciones de la Universidad de la Vida*», tomado de la «Introducción del traductor» de la versión al castellano realizada por FS-H y G, para la Asociación de Scouts de México, 1996.

«De *Los scouts en México a través de los años*», tomado del «Prólogo» de *Los scouts en México a través de los años, 1978-2000*, Asociación de Scouts de México, 2010.

Contenido

Llamada de reunión 5
Pedro Díaz Maya
Sacerdote, hermano y amigo 7
Mary Linda Soto Hay García
MÁS SCOUTS PARA UN MUNDO MEJOR
La humildad del dirigente 13
Siempre Listo 17
En Cadillac o en nada 21
Ayer subí al Popo 24
Viejo uniforme 27
Mi primer campamento 31
Recuerdos de Baden-Powell 34
Recuerdos de investiduras rover 38
Escultismo *light* 42
León Viejo 46
Por qué soy scout 50
Todos somos adiestradores 54
De *Rema tu propia canoa* 58
De *Rover scouts, lo que son… lo que hacen* 60
De *Lecciones de la Universidad de la Vida* 64
De *Los scouts en México a través de los años* 67
Referencias 71

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

PRIMERA TEMPORADA

1. **Narraciones escultas,** Won-Tolla
2. **Agrupaciones pioneras del escultismo mexicano,** Arturo Reyes Fragoso (compilador)
3. **Más scouts para un mundo mejor,** Antología de Fernando Soto-Hay y García (selección de Arturo Reyes Fragoso)
4. **Los primeros años del Consejo Interamericano de Escultismo,** Salvador Fernández Bertrán
5. **Documentos históricos de Adiestramiento,** Thurman • Fernández Bertrán • Reyes Luján
6. **Rescate,** Alberto García Duarte
7. **Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas,** Arturo Reyes Fragoso
8. **Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla,** Ignacio González Siller • Arturo Reyes Fragoso
9. **Zulúes, matabeles y bóers,** Arturo Reyes Fragoso
10. **Letras musicales scouts mexicanas. Antología histórica,** José de Jesús Reyes Feist (selección)

Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx